



Año IV.—Núm. 87
15 febrero 1923.

La bella señorita Sofía Mediano y Ximénez-Callejón ha contraído matrimonio el día 10 de este mes, en Berlín, con D. Romeo Landini, Capitán de Estado Mayor del Real Ejército italiano, bendiciendo la unión el Cardenal Arzobispo de Breslau. Con este motivo han sido muchas las felicitaciones enviadas a la encantadora novia, desde Madrid. VIDA ARISTOCRÁTICA se asocia a ellas, deseando a los nuevos esposos una eterna ventura.—Fot. Granier, Munich.

LA VIDA MADRILEÑA

Comidas aristocráticas.

En la residencia de los Condes de la Viñaza se ha celebrado una elegante comida, con la que obsequiaron a algunos de sus amigos.

Con el distinguido matrimonio y sus hijos, los señores de Muñoz y Roca Tallada, los Condes de Yebes y el Conde de Llovera, se sentaron a la mesa: la Duquesa y el Duque de Fernán Núñez, la Princesa y el Príncipe de Ligne, la Duquesa de la Victoria, la Condesa de Alcubierre, la Condesa y el Conde de Bulnes, las señoritas de Falcó y Castellanos, el ex Ministro Sr. Alvarado, el Conde de Elda, el Coronel Marsengo y D. Francisco Travesedo.

Después de la comida se organizaron algunas partidas de *bridge*.

Otra elegante comida se celebró en el palacio de los Duques de Montellano, en obsequio del Ministro de Estado y de la bella señora de Alba.

La mesa estaba artísticamente adornada, y la comida se sirvió con la distinción y buen gusto propios de aquella aristocrática residencia.

Con los dueños de la casa y los señores de Alba se sentaron a la mesa, además de la señorita de Montellano y el Marqués de Pons, el Ministro de la Gobernación, Duque de Almodóvar del Valle; la Marquesa y el Marqués de Santa Cruz, la Duquesa de Mandas, la Condesa y el Conde de Cuevas de Vera y el Conde de la Cimera.

También ha habido otra aristocrática comida en la elegante residencia de los señores de Hernández Usera (D. Rafael). Fueron comensales, con los dueños de la casa, el Ministro de Cuba, Sr. García Kohly, y su hija, Mts. Harris; el Cónsul de los Estados Unidos y Mr. Merrill; el Director de *El Imparcial*, y la señora de Gasset; la señorita de Enjuto, el ex Ministro Sr. Francos Rodríguez; el Subsecretario de Gracia y Justicia, Sr. Azpeitia, y el Sr. Rodríguez de la Escalera.

Té en casa de la Condesa de Mayorga.

En su elegante hotel ha dado la Condesa de Mayorga un té a sus muchas amistades.

Fué una reunión gratísima, que tuvo las notas de la elegancia y el arte.

Entre otras damas, asistieron: las Marquesas de Atalayuelas, Salas, Bóveda, Seijas, viuda del mismo título, Orovio, Inicio, Villa-Alcázar, Maldonado y Torre-Alta; Condesas del Serrallo, Bilbao, Encina, Ardales del Río, Egaña y Mayorga; Vizcondesas de Cuba y de San Antonio; Baronesa de la Torre; señoras y señoritas de Torres-Rivas, Borbón, Molíns, Salazar, González de la Riva, Barges, Miláns del Bosch, Despujols, Allendesalazar, Rábago, Zaragoza, Pérez del Pulgar, Cavanilles, Urbina, y otras.

La admirable artista Emilia Quintero, superándose a sí misma, y ya es decir, tocó en el piano varias composiciones de Gluck, Daquin, Chopín y Liszt, y un precioso vals compuesto por el Marqués de Villa Alcázar, que fué aplaudidísimo. La señorita Quintero no cesó de escuchar aplausos durante todo el programa, como premio a su maestría y a su buen gusto.

La fiesta resultó agradabilísima.

Los lunes del Ritz.

Cada lunes por la noche parece más brillante el comedor del Hotel Ritz.

La otra noche se veían junto a las mesas, adornadas con el peculiar gusto de siempre, numerosas personas de la sociedad madrileña y del Cuerpo diplomático.

El Ministro de Chile, Sr. Aldunate, y señora, sentaron a su mesa al Infante Don Fernando, Duquesa de Talavera, Marqueses de Figueroa, Condes de Vilana, señora de Núñez de Prado, Sr. Francos Rodríguez, Sr. Ortega Morejón, Sr. Merry del Val y D. Luis Silva de Castro.

Otra mesa se hallaba presidida por Sus Altezas Reales los Duques de Montpensier, rodeándola el Ministro de Estado, D. Santiago Alba, y señora; Ministro de Fomento, Sr. Gasset; Marqués de Valdeterrazo, Marqués de Aldama, Marquesa de Ivan-

rey, señorita de Castels, Conde de la Cimera, Conde de Elda, D. Ricardo Gasset y el Sr. Rodríguez de la Escalera.

Con los Condes de Heredia-Spínola estaban sus hijos; el Duque de Lécera, Marqués de Benicarló, Condesa de Crecen, D. Alfonso Pérez Eizaguirre, señores de Silvela y D. Ignacio Sotomayor.

Los Duques de la Victoria sentaron a su mesa a la señorita de Henestrosa, señora de Alvarez de

Pizarro y Castel-Bravo, señorita de Heredia, don Fernando Jardón, Marqués de Encinares, Condes de Ibarra, Marqués de Valdeiglesias, Sr. Contreras y otros muchos más.

Campeonato de la copa de Algete.

Se ha celebrado en la hermosa finca de Algete, propiedad de los Duques de Albuquerque, el campeonato de galgos que todos los años se organiza para disputar la preciada copa de Algete. Con este motivo se organizó una deliciosa fiesta de campo.

Asistieron a ésta SS. AA. la Infanta Doña Luisa, que tiene gran afición a los perros, y las dos Princesas de Salm Salm. Asimismo concurren, además de los Duques de Albuquerque y de sus hermanas la Duquesa de Algete y la señorita de Díaz de Rivera, las Duquesas del Infantado y Andría, la Marquesa de Villabrágima y las señoritas de Artega, Tovar, Scláfaní, Crecente, Jura Real, Villatoya, Zulueta y Martos, Muguero, Lascoiti y Castrillo.

Se sostuvo la lucha entre los galgos *Lancero* y *Bonita*, y en las cuatro liebres que se echaron obtuvo el triunfo *Lancero*, propiedad del entusiasta aficionado D. Juan Martín, que fué felicidísimo, recibiendo la copa de manos de la Infanta Doña Luisa.

Los Duques de Albuquerque obsequiaron a Sus Altezas y a los invitados con una espléndida merienda.

Un operado para la guerra.

A fines del mes pasado hubo una fiesta en el hospital militar de Carabanchel, en obsequio de los heridos y enfermos que allí reciben asistencia, organizada por esa admirable asociación de señoras que se conoce con el nombre de «La visitadora del soldado».

Presidió el acto S. M. la Reina y consistió la fiesta en un concierto en el que tomaron parte Ofelia Nieto e Hipólito Lázaro.

En la fiesta hubo una nota interesante y simpática, hecha pública así por *La Epoca*:

«En el hospital salió a saludar a las Reinas con sus muletas, entre los Oficiales heridos que allí reciben asistencia, el niño Alfonsito Carvajal, primogénito de los Condes de Aguilar de Inestrillas, que, como es sabido, fué operado hace poco por el Doctor Bastos, con felicísimo éxito.

El simpático y animoso niño reflejaba en su semblante gran satisfacción por encontrarse entre los Oficiales heridos. Al verle, alguien le dijo: —¿Tú también eres un operado de la guerra?

El Conde de Villalba comprendió la broma; pero con viveza repuso:

—No. Soy tan solo un operado para la guerra. La respuesta del muchacho, oída por algunas personas, no pudo menos de intrigarles. ¿Qué quería decir? El primogénito de los Aguilar de Inestrillas dijo lo que estaba en su pensamiento.

Una lesión que sufría en un pie le había hecho, probablemente, inútil para la carrera militar, por la que Alfonsito siente verdadera vocación. Lo mismo que su padre y que su abuelo, lo mismo que su bisabuelo, el ilustre General Quesada, quiere Alfonsito ser militar.

—Sólo hay un medio—le dijeron—para que seas admitido en una Academia: que te operen.

El niño, al saberlo, no vaciló, y soportó el clorofórmico y la operación con resignación y valentía, lo mismo que lo hubiera hecho un héroe de la campaña...»

Fiestas de Carnaval.

Acaban de pasar los días de Carnaval. El alegre Momo ha hecho irrupción en algunas casas aristocráticas y, aunque los apremios de tiempo nos impiden dar cuenta detallada de estas fiestas, sí podemos decir que el baile de trajes celebrado, según las modas del año 30, en la residencia de los Sres. de López Roberts fué muy brillante y animado, constituyendo una reproducción muy exacta de una época tan interesante como aquella.

Otros bailes—uno con trajes de papel—no fueron menos animados. De ellos y de aquél nos proponemos dar cuenta con el debido detenimiento.

NUESTROS LÍRICOS

CONFIDENCIA

Ven, fija en mí tus ojos y préstame tu oído: te quiero como nadie quizá te haya querido, tal vez como ninguno jamás te ha de querer; mas sé que es un cariño tan loco y tan osado, que es como si las almas que purgan su pecado al trono de la Gloria quisieran ascender.

Tú ostentas los blasones de hidalga gentileza; yo arrastro por el mundo el baldón de mi pobreza; tú ríes en la dicha; yo gimo en el dolor; tú brillas en la corte; yo paso inadvertido... ya ves si es vano empeño, ilusorio y atrevido, ya ves si es imposible el ensueño de este amor.

Por eso yo he llorado la pena en que me inmolé; por eso, no pudiendo sufrir más tiempo solo, en esta confianza te muestro el corazón; mas hoy, aquí, a tus plantas, te ruego por el cielo no aumentes mi tortura, de amargo desconsuelo, lanzando a tus esferas mi triste confesión.

Despréciamé, si quieres; yo, en cambio, te bendigo; y si es que, condolido, llorases tú conmigo, tus lágrimas serían un bálsamo en mi mal; pero, oye, si en mi ausencia te burlas del martirio, entonces, exaltado, en un rapto de delirio... tal vez traspase un pecho la hoja de un puñal.

ROSENDO RUIZ Y BAZAGA.

TU...

Estás durmiendo la siesta suspendida en una hamaca a la sombra de unos pinos que con sus ramas se abrazan; cubiertos están los troncos por menudas rosas blancas y es de rosas el dibujo con que se adorna tu bata.

Cerrados tienes los ojos y de las negras pestañas la sombra se difumina sobre tus ojeras cárdenas.

Inquietos tiemblan tus labios; que son como el coral, grana; y ante el rumor de un suspiro te agitas y sobresaltas.

Estás soñando. ¿Qué sueñas? ¿Quién tu sueño penetrará! Porque dicen que los sueños son del alma las palabras.

E. DE FONTCUBERTA.

Toledo, señora de Eizaguirre, D. Enrique Careaga, Conde de la Mejorada, Coronel Marsengo y don Jaime Almodóvar.

El Conde de Orłowsky, Ministro de Polonia, tuvo de invitados al Embajador de Francia, señor DeFrance, y señora; Condes de la Viñaza, señorita de Caporal, Ministro de Holanda, Sr. Melvill, y D. Emilio Torres.

En otra mesa estaban: la señora de Muguero e hijas; los Duques de Algete, Marquesa de Villamanrique, señorita de Camarasa, Vizconde de Mambas y Sr. Olivares.

Con los señores de Arteché (D. Julio) y su bellísima hija, vimos a los Sres. López Dóriga, Marqueses de Triano y Condes de Villagonzalo.

En otras varias mesas se hallaban los señores Ministro de la Gobernación, Duque de Almodóvar del Valle; Marqueses de Valterra, Sr. Luca de Tena, D. Natalio Rivas, General Aguilera, señor Laserna, Vizconde de Ezá, Marqueses de Casa

LOS NIETOS DE LUIS FELIPE

La presencia en España de Sus Altezas los Duques de Montpensier ha dado motivo para que la sociedad madrileña evidencie las simpatías y afectos que por ellos siente. Pero la figura del Príncipe Fernando de Orleans es, para los aficionados a cuestiones históricas, algo más que la de un Príncipe inteligente, simpático y culto, que ha viajado mucho y que goza de una posición social elevada. Es, en unión del Duque de Orleans, la representación de la casa de Francia, que hoy reinaría en aquella nación hermana, si hubiese continuado la dinastía de Luis Felipe. El Duque de Montpensier sería hoy, en tal caso, el heredero de la corona de Francia, puesto que su hermano mayor no tiene hijos; de ahí que en todo el mundo goce de especiales honores y preeminencias, incluso en la bella y cautivante París que, bien hallada con su republicanismo actual, tiene a gala ser amable y cariñosa con quienes simbolizan, con títulos de nobleza, ilustres y esclarecidos linajes.

Luis Felipe, bisabuelo de los actuales Duques de Orleans y de Montpensier, reinó en Francia solo dieciocho años; pero ellos fueron suficientes para que, con su popularidad primero y su energía después, dejase huella indeleble de su paso por el más alto puesto de su Patria. Hijo de Felipe Igualdad, descendía en línea recta de Luis XIV; y así, cuando ya casado con la Princesa María Amelia de Borbón-Sicilia, los monárquicos franceses que no habían transigido con Luis XVIII y que no querían a Carlos X, buscaron una figura que elevar al Trono aprovechando la revolución de 1830, no dudaron en escoger a Luis Felipe, que a sus antecedentes democráticos, no hay que olvidar la parte que tomó en la gran Revolución de 1789—, unía su vasta cultura, su claro talento y su abnegado real. Conocido es aquel reinado, lleno de luchas y de intrigas, durante el cual las tentativas de legitimistas y de bonapartistas se sucedieron sin resultado alguno merced a la habilidad del Rey y de sus auxiliares. Pero la desacertada política interior, obscureciendo los éxitos de las armas francesas en Argelia y el Pacífico, terminó por llevar al país en 1848 a otra revolución que tuvo por resultado la abdicación de Luis Felipe en el Conde de París y su marcha a Inglaterra con su esposa e hijos.

Mucho se ha escrito sobre Luis Felipe y de todo ello se deduce que, si tuvo errores como todos los hombres, poseía condiciones inapreciables que hubiesen lucido acaso más en otra situación del país.

En sus descendientes, sus principales cualidades se reprodujeron, por lo cual hoy la gran familia Orleans forma un conjunto de Príncipes prudentes y avisados, dignos de llevar los altos títulos que ostentan. Sabido es que de su matrimonio con la Princesa María Amelia tuvo Luis Felipe ocho hijos: Fernando Felipe, Duque de Orleans; Luisa, esposa del Rey de Bélgica; María, casada con el Príncipe Alejandro de Wurtemberg; Luis Carlos, Duque de Nemours; Clementina, esposa del Príncipe Augusto de Sajonia-Coburgo; Francisco Fernando, Príncipe de Joinville; Enrique Antonio, Duque de Aumale y Antonio Felipe, Duque de Montpensier.

El hijo mayor, Duque de Orleans, Príncipe Fernando, contrajo, como nadie ignora, matrimonio con la Duquesa Elena de Mecklenburgo Schewerin y solo vivió treinta años. Fueron sus hijos el Príncipe Luis Felipe, Conde de París, de quien luego hablaremos y el Príncipe Roberto Felipe, Duque de Chartres, que fué luego, por su matrimonio con la Princesa Francisca de Orleans, padre de la Duquesa de Magenta y del Duque de Guisa.

El segundo hijo varón de Luis Felipe, Príncipe Luis Duque de Nemours, casó con la Princesa Victoria de Sajonia-Coburgo-Gotha, teniendo por hijos: al Príncipe Gastón, Conde de Eu, que por su enlace con la Princesa Isabel de Braganza, asumió la jefatura de la casa imperial antes reinante en el Brasil; al Príncipe Fernando, Duque de

Alençon, padre, con la Princesa Sofía, de la Princesa Luisa de Baviera y del Duque de Vendôme; y a la Princesa Blanca, soltera.

El tercer hijo del Rey francés, Príncipe Francisco de Joinville, fué el esposo de la Princesa Francisca de Braganza, de quien tuvo una sola hija: la Princesa Francisca, fallecida hace trece años, que fué, por su matrimonio, Duquesa de Chartres.

Por último el Príncipe Antonio, Duque de Montpensier, último hijo de Luis Felipe, casó, como todos sabemos, con la Infanta Luisa Fernanda de España, hermana de Doña Isabel II y su actuación en nuestro país se halla en el recuerdo de todos. De joven se había batido heroicamente en África y había viajado mucho; una vez casado— y a punto estuvo de serlo con la Soberana—, fijó su residencia en Sevilla, siéndole conferido el título de Infante, unido a la dignidad de Capitán general. González Bravo le desterró luego, dis-

representante de la dinastía de Francia. Los últimos años de su vida los pasó en Inglaterra, viniendo, por algunas temporadas, a España, a su palacio de Villamanrique.

Los hijos de los Condes de París fueron seis. Y los seis viven hoy y son muy estimados en la sociedad española. De las hijas, la Princesa Amelia es la ex Reina de Portugal, madre de Don Manuel; la Princesa Elena es la Duquesa de Aosta; la Princesa Isabel es la Duquesa de Guisa y la Princesa Luisa es la Infanta de España, esposa del Infante Don Carlos, tan querida en Madrid y ahora en Sevilla, donde tantas simpatías se ha captado. De los hijos, el Príncipe Felipe, Duque de Orleans, es el Jefe actual de la casa de Francia y está casado con la Archiduquesa María de Austria, de la que no ha tenido descendencia. El hijo menor es el Príncipe Fernando, Duque de Montpensier, Teniente de navío honorario de la Marina española, que ha sido ahora nuestro augusto huésped, en unión de su bella esposa, la Vizcondesa de los Antrines, hija de los Grandes de España Marqueses de Valdeterrazo.

El Duque de Montpensier, como su padre el Conde de París y como su abuelo el Duque de su mismo título, ha viajado mucho, ha hecho expediciones muy interesantes de exploración y ha escrito muy notables trabajos, frutos de sus estudios y viajes. Digno continuador de las cualidades brillantes que han adornado a los representantes de la casa de Francia, es, a la vez, un Príncipe sencillo y bueno que ha sabido hacer feliz a una noble señorita española, también muy inteligente y también muy culta.

La señorita Isabel González de Olañeta e Ibarreta, que de soltera llevó el título de Vizcondesa de los Antrines, ha sido durante los últimos años—¿quién lo ignora?— una de las jóvenes de nuestra nobleza que más han brillado, con luz propia, en los salones madrileños. Decir *Belina* Valdeterrazo ha sido siempre tanto como decir belleza, simpatía, encanto. En sociedad sus atractivos tuvieron siempre muchos admiradores. Por eso, cuando en Madrid se supo la noticia de su próxima boda y quién era su prometido, para nadie fué una sorpresa, aunque para todos fué una satisfacción.

Los Marqueses de Valdeterrazo y su hija solían pasar, como ahora, largas temporadas en Francia y otros lugares del Extranjero. Los importantes puestos que, como Embajador de España, ha desempeñado el Marqués, fueron—aparte de otras muchas razones, dada su condición social— motivo para que el ilustre matrimonio y su heredera se granjearan amistades, simpatías y afectos mercedísimos.

En el Extranjero, sin duda, conociéronse el Duque de Montpensier y la señorita de Valdeterrazo, y pronto él quedó prendado de la belleza, de la inteligencia y de las virtudes de ella. Nuevamente una mujer española supo demostrar con ello que el caso de Eugenia de Montijo no es único en España, y que nuestras damas saben seguir honrando a esta tierra de España, que por algo es conocida con el nombre de la tierra de María Santísima, aplicando a toda la nación lo que antes solía decirse sólo de Andalucía.

Y en la memoria de todos estarán los nombres de otras señoritas españolas que lograron, con sus méritos, conquistar corazones de Príncipes.

En Randán fué el año pasado la boda, en la que estuvo presente, en espíritu, toda la sociedad española. Ahora han venido SS. AA., por primera vez, a Madrid, después de casados. Cacerías almuerzos, bailes... Han sido obsequiados sin cesar.

¿Cómo no había de inspirar a la sociedad madrileña, la presencia de este simpático e ilustre matrimonio, sentimientos de afecto, que se tradujeron en homenajes y fiestas en su honor?

La gran familia de Luis Felipe tiene en el Duque de Montpensier uno de sus miembros más esclarecidos y la sociedad española ha encontrado en la Duquesa una de sus más insignes representantes.

JUAN DE AVILÉS.



Luis Felipe, Rey de los franceses, bisabuelo del Duque de Montpensier.

gustado por que el Duque hubiese intentado ingerirse en la política del país; fué luego—caída la Reina y triunfante la Revolución—, uno de los candidatos a nuestro Trono. Nombrado Rey Don Amadeo de Saboya marchó a Baleares, pero volvió luego a España y ya vivió alternativamente en Sevilla o París, hasta que un ataque seroso puso fin a su existencia. De los hijos de los Duques de Montpensier, el Infante Don Antonio, Duque de Galliera, es el esposo de la Infanta Doña Eulalia de España, y la Princesa Mercedes fué la primera mujer de Don Alfonso XII, a la que tanto quiso nuestro pueblo. En cuanto a la hija mayor de los Duques, la Princesa Isabel, fallecida hace poco, sabido es que casó con el Príncipe Luis Felipe, Conde de París, Jefe de la casa de Francia, a quien la prematura muerte de su padre el Duque de Orleans, convirtió en heredero directo de los títulos y derechos de su abuelo el Rey Luis Felipe.

El Conde de París fué hombre prestigioso por su cultura y por su inteligencia. Pasó la juventud, con su hermano el Duque de Chartres, en América del Norte, tomando parte en la guerra de Secesión. Vuelto a Europa publicó interesantes estudios en la *Revue de Deux Mondes*. Cuando la guerra franco-prusiana, pidió un puesto para combatir en las filas de su Patria, pero el Parlamento francés se opuso a sus pretensiones. Muerto su primo el Conde de Chambord, candidato al Trono de los legitimistas, fué reconocido como único

FIESTAS EN NOBLES MANSIONES

En el palacio de Fernán Núñez.

En el palacio de los Duques de Fernán Núñez se ha celebrado una interesante fiesta de arte en obsequio de Sus Majestades las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina, asistiendo también otras Reales personas.

Eran éstas SS. AA. la Infanta Doña Isabel, la Princesa de Salm Salm y su bella hija la Princesita Rosa María, el Infante Don Fernando y la Duquesa de Talavera, y el Duque y la Duquesa de Montpensier.

Acompañaban a las augustas damas: la Duquesa de San Carlos, la señorita de Bertrán de Lis, el Marqués de Bendaña y el Príncipe Pío de Saboya.

Las Reales personas y los demás concurrentes, pertenecientes a la familia y al círculo íntimo de amistades de los Fernán Núñez, fueron obsequiados con un espléndido té. Con SS. MM. sentáronse a la mesa algunas damas de la Reina, el Embajador de Inglaterra y lady Howard; el de Francia y madame DeFrance; el de Bélgica, Barón Borchgrave; el de Italia, Marqués Paulucci, y los Príncipes de Ligne.

Después de tomar el té, las Reinas y las demás personas pasaron al gran salón, donde había de celebrarse la parte artística de la fiesta.

Deseaba la Duquesa de Fernán Núñez ofrecer a SS. MM. alguna novedad de gran interés, y pensó que nada podía serles más grato que una presentación particular de los admirables artistas rusos, Clotilde y Alejandro Sakharoff, que tan justos éxitos han alcanzado en el teatro de la Comedia.

En el salón se había improvisado un tablado, adornado con cortinas de amarillo damasco y una embocadura de flo-



Don José Márquez de la Plata, Marqués de Casa Real.

res. En ésta se habían colocado muy bien juegos de luz, y el efecto resultó precioso.

En el programa de danzas que ejecutaron los artistas rusos figuraban: *Medieval*, sobre música de G. Frescobaldi, del siglo XVI; *Aria*, sobre música de Bach; *Au temps du Grand Siècle*, sobre música de Couperin-Kreisler; *Danzarina de Delfos*, sobre música de Debussy, que es una maravilla; *Gottwog's cake walk*, sobre música de Debussy; *Canción negra* (impresión de América), sobre música de D. Guion, y *Vals romántico*, sobre música de Chopin.

La concurrencia fué muy selecta. Con los Marqueses de la Mina se encontraban: sus hijos los Condes de la Maza, Livita Falcó, el Duque del Arco y el Conde de Elda, y entre otras personas de su familia, los Duques de Montellano, la Princesa Pío de Saboya, Paloma Falcó, los Marqueses de la Romana, la Condesa de Peña Ramiro y el Marqués de Pons.

Asistieron también las siguientes damas:

Duquesas de Medinaceli, Ahumada, Aliaga, Plasencia, Victoria, Unión de Cuba y Mandas;

Marquesas de Viana, Martorell, Ivanrey, Aranda, Jura Real, Bendaña, Valdefuentes, Argüeso, Rafal, Villatoya, Casa Pontejos, Moctezuma, Santa Cruz, Torneros y Valdeiglesias;

Condesas de Heredia Spínola, Villagonzalo, Aguilar de Inestrillas, Castilleja de Guzmán, Viñaza, Agrela, San Luis, Torrehermosa, Yebes, Velle y San Martín de Hoyos; y

Señoras y señoritas de Castillo y Caballero, Tacón, Camarasa, Villatoya, Castellanos, Martínez de Irujo y Caro, Argüeso, Escobar y Kirkpatrick; Las-

DIMOS cuenta en nuestro número anterior de la solemne ceremonia de armar Caballero y vestir el hábito de la Orden militar de Alcántara a don José Márquez de la Plata, Marqués de Casa Real.

Con este motivo el distinguido aristócrata ha recibido numerosas manifestaciones de la sociedad madrileña.

La familia Márquez de la Plata tiene su antiquísima casa solariega en Luaces (Lugo), donde, a pesar de los siglos, se conserva intacta su torre y capilla.

En el año 1248 acompañó a San Fernando, a la conquista de Sevilla, el Capitán Juan Márquez, señor de Luaces, y después a Don Alfonso X, *el Sabio*, a la de Jerez, Arcos y Sanlúcar de Barrameda.

El primero de los Soberanos españoles que creó la Guardia de la Real Persona fué Don Alfonso X, eligiendo 40 Caballeros de los de su séquito, y uno de ellos fué el señor de Luaces, progenitor del neófito, que aun conserva parte de los repartimientos que Don Alfonso hizo en Sevilla y Jerez al nombrado Capitán Juan Márquez. En dichas ciudades quedó establecida su familia, y en esta última existen, en el

convento de monjas Descalzas, sus enterramientos. Andrés Márquez, Sr. de Luaces, de Castropol y de Rivadeneira, fué caballero veinticuatro de Jerez, y casó en Sevilla, con la señora de la Plata, D.^a María de Mendoza y Ponce de León; su hijo, D. Pedro Márquez de la Plata y Mendoza, Coronel del Ejército, casó en aquella ciudad con D.^a María de Arévalo y Guzmán, nieta de Guzmán *el Bueno*. D. José Márquez de la Plata, Maestrante de Zaragoza, Marqués de Casa Real, se halla casado con doña

Teresa Pastoriza Caamaño y Márquez de la Plata, Dama de la Real Maestranza de Zaragoza, Marquesa de Casa Real, nieta del ilustre marino D. Jacinto Caamaño, Caballero de Calatrava, de la casa de Rubianes, Jefe de una Escuadra española, descubridor en el Pacífico de las islas que llevan su nombre y del paso del Salado, en El Ecuador, donde casó con D.^a Francisca de Arteta y Santistevan, hija del General D. Pedro José, Caballero de Alcántara. Hijos del nuevo Caballero son don José María y D.^a Teresa Pastoriza, Dama de la Maestranza de Zaragoza; D.^a María de los Angeles y D.^a María Josefa Márquez de la Plata y Caamaño.



El Marqués de Casa Real, después de su cruzamiento como Caballero de la Orden militar de Alcántara.—Fot. Marin.

tra, Martínez de Irujo y Guillasas, Bruguera, Carvajal, Villapaterna, Martos y Zabáburu, Piñeyro y Queralt y Santos Suárez, entre otras. La fiesta resultó tan interesante como artística.

En el palacio de Medinaceli.

Hermosa fiesta fué también la celebrada en el palacio de los Duques de Medinaceli, dos días antes, en honor de nuestra Soberana y otras personas de la Familia Real.

Sus Majestades y Altezas fueron recibidos por los Duques al pie de la preciosa escalera de piedra, obra de Suñol, y subieron al piso principal, en donde ya se hallaba congregada la aristocrática concurrencia en el hermoso salón, decorado de blanco, en el que dan una original nota los magníficos tapices adosados a los muros, en los cuales campea el escudo de la gran casa ducal, tapices cuyos cartones dibujó en el siglo XVII Teniers el Menor.

La notable orquesta de los Boldi estaba dispuesta para acompañar el baile, y éste comenzó a poco con extraordinaria animación, que no decayó en toda la noche.

Ese fué momento propicio para poder contemplar las *toilettes* de las damas. La Reina realizaba la belleza de su figura con precioso traje de pálido crespón azul, bordado prolijamente en cristal. Se adornaba con un maravilloso aderezo de aguas marinas, orladas de brillantes.

La Princesa de Salm Salm llevaba traje bizantino azul, sobre fondo de oro, luciendo gran collar de perlas y diadema de brillantes. Su bella hija, la Princesita Rosa María, vestido de terciopelo color granate.

La Infanta Doña Isabel, traje de color morado, con joyas de brillantes; de negro iba la Duquesa de Talavera, y de color hortensia, bordado de *strass*, muy elegante, la Duquesa de Montpensier, que ostentaba algunas de las joyas históricas de la Casa de Francia, entre ellas una placa de perlas, rodeada de brillantes, que perteneció a la Reina María Antonieta, y un magnífico collar de perlas.

En el brillante desfile de *toilettes* elegantes, ocupaba puesto de honor la de la dueña de la casa, que realizaba la gentileza de su figura con magnífico traje blanco, bordado de *strass*. Lucía algunas de las históricas y soberbias perlas de la casa de Medinaceli.

El Duque, que vestía frac azul, ostentaba con el rojo lazo la llave de gentilhombre, con ejercicio y servidumbre, y la banda de Carlos III.

La bella Duquesa de Fernán Núñez, con su habitual elegancia, vestía de tisú oro y plata y ceñía la frente con preciosa diadema de brillantes, rematada en una gran perla, rival de la famosa Peregrina, y un broche antiguo de brillantes.

Su hija, la Condesa de la Maza, elegantísimo traje, bordado en cristal. La bella Duquesa de Montellano, traje de color morado y joyas de perlas. Con perlas y brillantes, la Duquesa de Arión. De negro y oro, con preciosas joyas, la Marquesa de Ivanrey. Con magnífica diadema de brillantes, la Marquesa de Argüeso, y luciendo magníficas perlas la Princesa de Ligné y la Marquesa de la Romana.

La señora de Bruguera (Antonia), precioso traje negro, bordado de *strass*, y collar de perlas, Cristina Camarasa, bellísima, de negro, con encaje y collar de perlas.

La bella señora de Alba, esposa del Ministro de Estado, llevaba precioso traje de céfiro de plata, *fontaine d'argent*, que dicen los franceses. Se adornaba con perlas.

De blanco, con diadema de brillantes, la Duquesa de Algete. Con elegante traje, bordado con cuentas de cristal blancas y azules, la Condesa de Vilana. De blanco también, adornado con encajes de plata formando *panneaux* y luciendo un espléndido collar de perlas, la Condesa de Salinas. Preciosa, con traje de terciopelo coral, Paloma Montellano.

De aristocráticas señoritas recién presentadas en sociedad, figuraban: Pilar Heredia Spínola; la hija segunda de la Marquesa viuda de Albaserrada, tan bella como su hermana mayor; la señorita de Areces con precioso y original traje; una señorita de Silva, hija de los Marqueses de Zahara, y las señoritas de Soriano, Aldama y Medina.

La Duquesa de Medina de Rioseco acompañaba a su sobrina Pilar Martorell y Téllez Girón, hija de la de Almenara Alta. La bella Amalia López Dóriga recibía felicitaciones por los dos premios que había ganado en el concurso de *golf*.

Asimismo figuraban en el grupo juvenil María Lastra, hija de los señores de Lastra, y nieta de

la Duquesa viuda de Tamames, y una tercer señorita de Miláns del Bochs, tan guapa como sus hermanas.

Del selecto concurso formaban parte, además, entre otras aristocráticas damas, las siguientes: Princesa Pío de Saboya; Duquesas de Osuna, Hernani, Albuquerque, Almazán, Andría, Dúrcal, Maqueda, Plasencia,



En honor del nuevo General Queipo de Llano, y para celebrar su ascenso, se celebró el otro día un banquete organizado por sus compañeros de promoción del Arma de Caballería. Fué un acto fraternal, en el que se pusieron de relieve nobles sentimientos de patriotismo y afecto.

Santa Elena, Pastrana, Tovar, Unión de Cuba, Victoria y Vistahermosa;

Marquesas de Viana, Aranda, Albaserrada, Tenorio, Espeja, Jura-Real, Lambertye, Llano de San Javier, Martorell, Casa-Pontejos, Valderrazo, Bendaña, Rafal, Santa María de Silvela, Triano, Someruelos, Villabragima, Villatoya, Ribera, Valdeiglesias, Alquibla, Aldama, Casa-Torres, Valdefuentes, Villanueva de Valdeza, Zahara, Villamanrique y Torralba de Cataltrava;

Condesas de Villagonzalo, Aguilar de Inestrillas, Alcubierre, Bulnes, Castilleja de Guzmán, Caudilla, Finat, Heredia Spínola, Lascoiti, Limpas, Viñaza, Montefuerte, Maluque, Paredes de Nava, Puerto, Bailén, Real Aprecio, San Martín de Hoyos, San Luis, Torrehermosa, Torrejón, Velle, Vega del Ren, Villares, Torre de Cela, Valle de Orizaba, Yebes, Riudoms, Buena Esperanza y Portalegre;

Vizcondesa de Peña Parda y Cuba; Señoras y señoritas de Borbón y su hija Blanca, Castillo y Caballero, Agrela (D. Mariano), Morenes y Arteaga, Alcalá Galiano y Osma, que lucía un antiguo aderezo de perlas, regalo de su madre; Ussía, Carvajal y Quesada (Carolina y Luisa), Carvajal y Carvajal, Alcázar y Mitjans, Bertrán de Lis, Comyn y Allendesalazar, López Dóriga (don Francisco), Ozores, Alonso Gaviria, Silva y Mitjans, Fernández de Villavicencio, Collantes, López Roberts, Martínez de Irujo (María, Cristina y Carlota), Álvarez de Toledo y Mencos, Falcó y Escandón, Falcó y Álvarez de Toledo, Pérez de Seoane, Saavedra (D. Alonso) e hijas, Figueroa y Bermejillo, Queralt, Travesedo y Silvela, Mora (D. Gonzalo), Ximénez de Sandoval, Pérez Caballero, Fernández Villaverde, Muguero, Álvarez de Toledo (Lucía), Carcer, Lascoiti, recién presentada en sociedad; Martos y Zabáburu, Zulueta y Martos, Maura, Bruguera (D. Juan), Caporal, Díez de Rivera, Elío, Ibarra, Jáuregui, Jordán de Urríes y Ulloa, Fernández de Henestrosa y Lamoteux, Landeche, Moreno Osorio, Piñeyro y Queralt, Ro-

dríguez de Rivas (Blanca), Unión de Cuba, Ruiz de Arana, Miláns del Bosch (D. Jaime), Santos Suárez (D. José), Travesedo y Bernaldo de Quirós, Lizarriturry (D. Román), Escobar y Kirkpatrick, Suelves y Goyeneche, Santos Suárez y Girón, Rózpide, Martos (D. Jacinto), Soriano y Muñoz Vargas. Del Cuerpo Diplomático se hallaban los Embajadores de Francia, Inglaterra, Italia y Bélgica; el Ministro de los Países Bajos, el Príncipe de Ligné, el Coronel Marsengo y Mr. Thompson, de la Embajada inglesa.

Y completaban la concurrencia otras muchas personalidades de la política, la aristocracia, las artes y las letras.

El animado baile se interrumpió cerca de las dos de la madrugada, para servir una espléndida cena.

En la mesa del comedor principal se sentó la Reina con los Infantes Doña Isabel y Don Fernando, Duquesas de Montpensier y Talavera, Princesa de Salm Salm, Embajadores y Embajadoras de Inglaterra, Francia, y Bélgica, Príncipe de Ligné, Duquesa de Medinaceli y San Carlos, Marqueses de la Torrejilla y Bendaña y Ministro de Estado y señora de Alba.

En el comedor de la planta baja se sirvió a los demás invitados la cena, y terminada ésta continuó el baile, sin que decayera un punto la animación; que tal es el privilegio de estas grandes fiestas.

Y cerca ya de la mañana terminó el brillantísimo baile, del que guardarán indeleble recuerdo gratísimo cuantos asistieron a él.

En el palacio de Viana.

En la señorial residencia de los Marqueses de Viana, cuyas estancias adornan tantas bellas obras de arte, se ha celebrado un pequeño baile en honor de S. A. R. la Infanta Isabel Alfonso, hija de la malograda Princesa de Asturias, Doña María de las Mercedes, y del Infante Don Carlos.

Honraron la fiesta con su asistencia S. M. el Rey, los Infantes Doña Isabel, Doña Luisa, Don Carlos y Don Alfonso; la Princesa de Salm Salm y sus hijas; la Duquesa de Montpensier y el Príncipe Raimundo de Borbón.

No asistieron la Reina Doña Victoria, por no encontrarse completamente repuesta de su indisposición, y la Reina Doña Cristina, porque no concurre a fiestas nocturnas, tampoco asistió el Duque de Montpensier, por estar indispuerto.

La reunión tuvo carácter de intimidad, terminando con un original y divertido cotillón de figuras de papel.

La bella Condesa de Torrehermosa y el Marqués de la Coquilla, que vestía uniforme de marino, ayudaron a sus padres, los Marqueses de Viana, a hacer los honores de la fiesta a las Reales personas y a los demás convidados.

La artística residencia, en la que fueron justamente admirados el salón que se copió del palacio de El Pardo y el de los Borbones, constituyó un marco magnífico para que en el bello cuadro del sarao hiciera su presentación en sociedad una Infanta de España.

En el palacio de Aveyro.

Sin perjuicio de que en nuestro próximo número dediquemos a esta fiesta mayor atención, no queremos dejar de consignar lo brillante y animado que resultó el baile dado, en el domingo de Carnaval, por los Duques de Aveyro, organizado por su hija, la bella Condesa de Portalegre, auxiliada por sus hermanas.

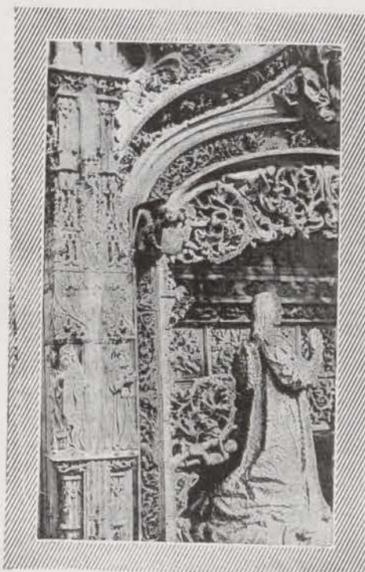
De la fiesta fueron excluidas las mamás y las señoritas de compañía. Y así fué un verdadero baile de juventud, lleno de animación, en el que se hicieron alardes de buen gusto.

Las muchachas más bellas y distinguidas de la sociedad madrileña acudieron preciosamente disfrazadas. La enumeración de sus atavíos merece un espacio de que ya hoy no disponemos. Limitémosnos, pues, a decir que la Condesa de Portalegre recibía a sus amigas ataviada con elegante traje del segundo Imperio, blanco, matizando con flores de color rosa la ahuecada falda. Los tirabuzones del peinado caían hasta los hombros. Sus hermanas, las Condesas de Bailén y de Arenales, llevaban mantones de Manila para estar en carácter. El conjunto era verdaderamente sugestivo.

Los invitados fueron obsequiados con un espléndido *lunch*. Y el baile, que no se interrumpió durante toda la tarde, a los acordes de una notable orquesta, se prolongó hasta después de las nueve de la noche.

El aristocrático concurso quedó complacido, en grado sumo, de la divertidísima fiesta.

UN INSIGNE MONUMENTO NACIONAL: LA CARTUJA DE MIRAFLORES



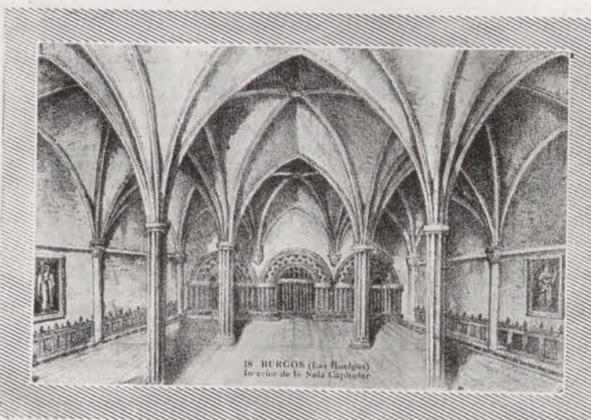
Detalle del sepulcro del Infante Don Alfonso.

reimprimir, y la próxima a publicarse *Historia de la Arquitectura civil*, son un monumento imperecedero.

¡Oh, bendito maestro Lampérez!... Los que te aman y admiraron; los estudiosos que tanta gratitud te deben, no te olvidarán nunca, por bueno y por modesto, por sabio y por español.... Descansa, luchador incansable. La gloria no dejará ya de ser compañera de tu nombre....

Tanto como en el orden político, mereciera Burgos en el artístico ser llamada *Caput Castellae*, sin que en ello hubiera desdoro para ninguna otra excelsa ciudad, por el número y calidad de sus joyas. Urbe de tan antiguo y noble abolengo y de tan singular importancia en la vida y en la historia de los reinos castellanos, es natural que reuniera tantos monumentos de valía, prendas de la predilección que los Reyes la dispensaron. De todos ellos es corona maravillosa la catedral, que ha poco tiempo celebraba con brillantes fiestas el séptimo centenario de su fundación, y de la cual era Arquitecto-conservador el ilustre Lampérez.

¿Quién no ha admirado, aunque fuera solamente en ilustraciones de revistas y diarios o en estampas de postales, la audacia soberana de las altas agujas, obra de Juan de Colonia, que flanquean la fachada principal, exaltando la singular belleza del triple pórtico? ¿Quién no quedó sorprendido ante el magno coronamiento del majestuoso crucero; ante la riqueza imponderable de agujas, pináculos y florones, de mágica filigrana; ante las cornisas de crestería, semejantes a encajes de piedras, o ante las monumentales puertas de la Coronación, del Sarmental y la Pellejería.... Más afortunados los que tuvieron el placer de visitar Burgos, pudieron gozar las exquisiteces y magnificencias del crucero sin rival, de los majestuosos pilares, la bóveda de crucería, el soberbio claustro y las capillas todas, especialmente



Interior de la Sala Capitular del Monasterio de las Huelgas.

Como todas las admirables joyas del tesoro monumental de Burgos, este bello asunto que la actualidad nos depara nos hace recordar, en primer término, al insigne maestro que acaba de desaparecer tempranamente de entre nosotros. Pocos conocían y apreciaban como Lampérez—el bueno, el sabio, tan sencillo y modesto cuanto eminente—el inmenso caudal artístico de España; acaso ninguno, en estos tiempos, contribuyó tanto a divulgarlo y a glorificarlo en llanos artículos, en amenísimas y adoctrinadoras conferencias y en libros maestros. Pero este insigne amor de la belleza, trabajador infatigable, tenía puesto su más hondo cariño en la ciudad burgalesa, a la que, por razones profesionales, visitaba constantemente. ¡Con cuánto entusiasmo le oíamos hablar de la catedral gloriosa, de Las Huelgas, de La Cartuja, de San Esteban, de todos sus viejos monumentos, cuyos detalles de arte conocía hasta lo más recóndito y evocaba con prodigiosa memoria!.... Nadie le oyó, en cambio, quejarse de la injusticia con que fuera zaherido en alguna campaña, porque él, que era la sabiduría en su arte, era también la personificación de la modestia....

La muerte de Lampérez ha sido una pérdida irreparable, porque deja un gran vacío, difícil de llenar. Su obra colosal de historiador, de erudito y de divulgador, ha producido y seguirá produciendo grandes beneficios a nuestro arte y a nuestra patria. En sus libros, en sus estudios y en sus conferencias aprendieron muchos a amar y admirar las grandezas artísticas españolas, que desconocían, y a ello contribuyó poderosamente con su ciencia y su arte, aquel sagrado fuego de entusiasmo que ponía en su apostolado. Nadie trabajó con más fe, con mayor cariño, ni acaso con tanto desinterés, poniendo siempre sus miras en los ideales artísticos y en la glorificación de la patria.

Sus dos grandes obras, la agotada *Historia de la Arquitectura religiosa*, que, como homenaje al ilustre muerto, se trata de



Puerta del Hospital del Rey.

Joyas magníficas del tesoro de Burgos, que contribuyen a realzar la soberanía de la catedral imponderable, el Monasterio de las Huelgas, famoso en la Historia y el Arte, con sus bellísimos claustros y su magnífica sala capitular; la Cartuja de Miraflores, de la que hemos de hablar más detenidamente; la iglesia de San Nicolás, con su maravilloso retablo de alabastro; la histórica de Santa Gadea, evocadora de páginas gloriosas de los reinos castellanos; los monumentales de San Gil y de San Esteban. En todas ellas, ¡cuánto supremos rasgos de belleza!.... ¡Cuánta riqueza artística, que alguna vez inspira dolor por su estado!.... En el orden civil no desmerecen, al lado de los monumentos religiosos, el magno Hospital del Rey, la monumental puerta de Santa María, de prodigiosos detalles, que en las estancias de la parte superior guarda la apreciable riqueza del Museo provincial burgalés; el bello palacio del Condestable, en el que hizo admirable obra de restauración el Arquitecto Lampérez y que admira por la gallardía de su traza; el palacio de los Condes de Polentinos, los restos de las murallas, con una hermosa puerta mudéjar, y el castillo ruinoso, que aun se levanta en la altura

del cerro, en cuya falda nos detenemos con honda devoción de españoles y patriotas ante la tierra bendita, ligeramente cercada, del solar de Cid Rodrigo el de Vivar....

La Cartuja de Miraflores es uno de los monumentos que enaltecen, no solamente a Burgos, sino a España. El Ministro de Instrucción y Bellas Artes, señor Salvatella, honróse no ha muchos días—y ello da ocasión a estos párrafos—firmando la Real orden por la cual se la declara monumento nacional. Y los que conocen la Cartuja y tuvieron el orgullo de admirar sus magnificencias, y los que no tuvieron ocasión de visitarla, pero oyeron contar de ella maravillas, se preguntarán asombrados: «¿Pero no era ya monumento nacional la gloriosa Cartuja?» No, ciertamente. Y ello no es de extrañar en nuestro país.

Se instruyó el expediente para la declaración de monumento a fines de 1916, emitiendo sus informes, tan favorables como merecían serlo, las Academias de Bellas Artes y de la Historia. Pero al de esta última se unió un voto particular, en el cual se decía que, por el momento, no era necesaria tal declaración porque el histórico y artístico monumento hallábase a la sazón perfectamente cuidado y conservado.... Y ello bastó para que no se dictara la correspondiente Real orden, aunque ya se decía en el informe de la Academia de San Fernando que en una de las joyas más preclaras de La Cartuja se habían hecho trabajos de restauración sin la intervención y consejo de personas peritas.

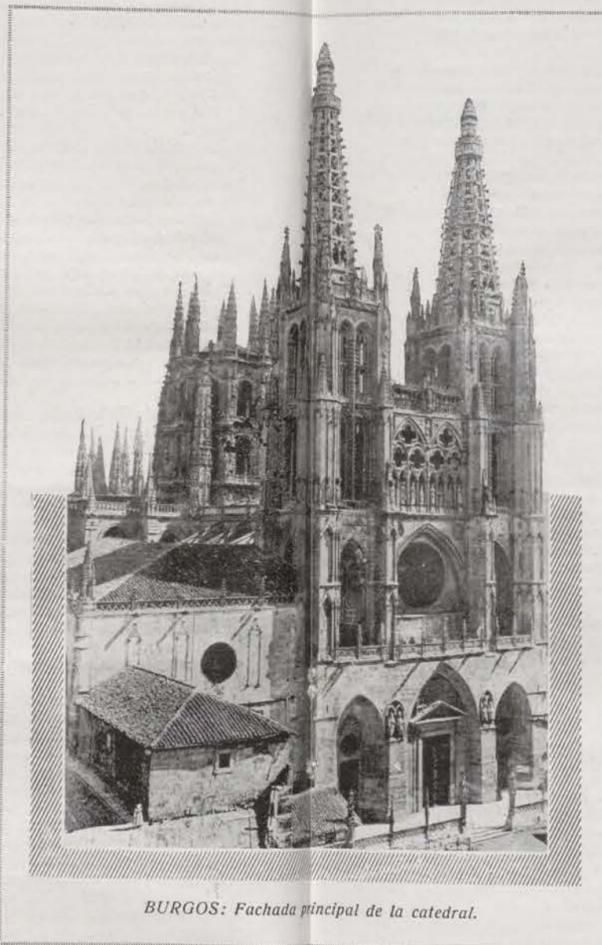
Con muy buen acuerdo se ha reproducido ahora el expediente, y con mejor sentido se ha resuelto, como debió hacerse entonces, y aun antes, apenas promulgada la ley. Son pocos, realmente, los monumentos españoles que lo merecen tanto como la Cartuja de Miraflores, así en el orden histórico como en el artístico. Porque en el bellísimo templo parecían compendiarse todas las artes españolas de la época, con geniales expresiones. El arte gótico culminó allí en la arquitectura, en la escultura, en la talla y en la rejería, en obras de suprema belleza. Entre las muchas obras que los Reyes Católicos dejaron como recuerdo de su glorioso reinado, la Cartuja de Miraflores es la que representa el ejemplar tipo, por su carácter, su belleza y su gracia.

La iniciativa de la construcción del Monasterio fué debida al piadoso Rey Don Enrique III. Pero fué tan rápido su paso por el gobierno del reino castellano, que no pudo llevarla a la práctica y la consignó en su testamento. Su hijo y sucesor Don Juan II se encargó de cumplir la última voluntad de Don Enrique, venciendo no pocas dificultades, entre ellas la ruda oposición del favorito D. Alvaro de Luna. En 24 de febrero de 1442 hizo cesión Don Juan II a los cartujos de su palacio de Miraflores, para establecer en él un convento de su regla, y dotándole espléndidamente. Poco después comenzaron las obras del templo, que fueron encomendadas al insigne artista Juan de Colonia, quien por entonces se encontraba en Burgos, dirigiendo las obras de la catedral. El Rey Don Juan no pudo ver terminada la empresa, y ésta quedó paralizada durante el reinado de Enrique IV, que tuvo todas sus predilecciones para Segovia. De llevarla a feliz término se encargó la Reina Isabel la Católica, desde el momento en que ocupó el Trono. Pero aun se prolongaron los últimos trabajos hasta el reinado del Emperador Carlos V, quien, cumpliendo la última voluntad de la gran Reina, dió cima a la honrosa obra, destinando a ella la suma de 2.400.000 maravedises.

Los trabajos, que recibieron su mayor impulso en 1483, cuando la Reina Católica hizo su primera visita a Miraflores, duraron cincuenta y de la Reina. En 1488 había cerrado la bóveda del templo, que es de cinco años, quedando definitivamente terminados en 1507, tres años después de la muerte de la Reina. La iglesia, de una sola nave y de no grandes proporciones, es de muy bella traza. La portada principal, de estilo gótico, formada por varios arcos, es de sencilla elegancia. A ambos lados aparecen las armas de Don Juan II y de la Reina Católica. Es el único lugar del templo en que se recuerda la intervención de la excelsa Soberana con signo tan claro. En todas las demás obras de la iglesia y del Monasterio, según hace constar D. Francisco Tarín, uno de los historiadores de La Cartuja, no se encuentra ningún signo heráldico de la Reina, pues ésta quiso solamente hacer cumplir la voluntad de su padre, erigiendo el templo y darle en éste digna sepultura, como así lo hizo.

El arco de ingreso en la iglesia, flanqueado por airozas agujas y adornado con fino trepado de hojas, es muy bello. En el tímpano muéstrase un buen relieve con el grupo de las Angustias, impregnado de místico sentimiento.

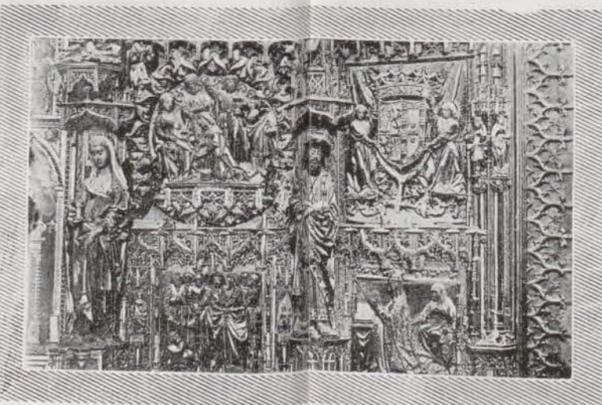
Desde que se entra en el majestuoso templo queda el visitante maravillado ante el conjunto de riquezas que le sorprenden, soberana expresión del progreso de nuestras artes en aquella época en que se preparaba la transición del gusto gótico al Renacimiento. La primera obra que solicita la atención es la magnífica reja que divide la nave. Como las que rodean y defienden los dos magnos sepulcros de que luego se hablará, es trabajo primoroso y bien acabado, de exquisito gusto en la traza y de gran finura en el dibujo, hecho hacia 1493 por fray Francisco de Salamanca, religioso de la propia Cartuja, en la que florecieron notables artífices.



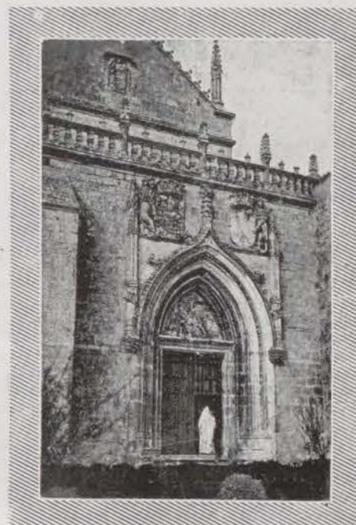
BURGOS: Fachada principal de la catedral.



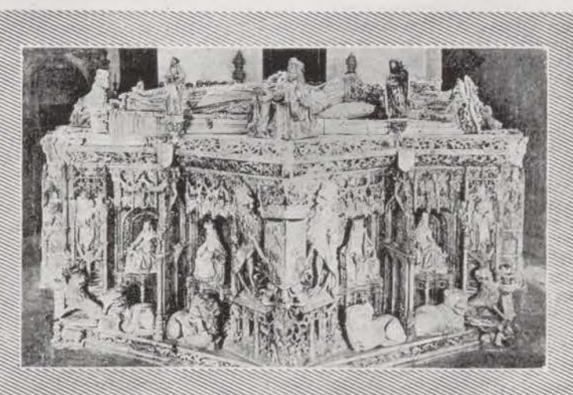
Magdalena. Atribuida a Leonardo de Vinci.



Detalle del altar mayor de la Cartuja.



Puerta de la Cartuja.



Panteón de Don Juan II y Doña Isabel de Portugal.

Más importantes y bellas obras son las sillerías de coro, que luego encontramos y que nos producen honda admiración. La llamada de legos, de nogal, es de hermosa talla y fué labrada en 1558 por el célebre maestro Simón de Bueras. En los tableros del cuerpo bajo, que sirven de espaldas a los sillones, destacan, en notable bajorrelieve, figuras de santos, de buen tamaño. En los del cuerpo alto y saliente, los primeros relieves reproducen escenas de la Pasión y muerte de Cristo, tan ricas de detalle como admirable por su arte.

Tan interesante como ésta, y aún más bella por su finísima labor, es la sillería del coro de los monjes, de nogal también. Es de puro estilo gótico y de suprema elegancia en sus dibujos y en sus adornos de pináculos, agujas y cardinas. Asimismo la adornan originales dibujos geométricos, por lo cual se asemeja a la sillería de coro del convento de Santo Tomás de Ávila, obra de la misma época de los Reyes Católicos, aunque es más notable la de Miraflores. La silla del preste oficiante, cubierta por magnífico doselete, que remata alta y florida aguja y que adornan bellísimos calados, es de una majestuosidad incomparable. Esta sillería es obra del escultor Martín Sánchez, que comenzó a labrarla en 1489.

Obra maestra y genial de la escultura española es el grandioso sepulcro de los Reyes Don Juan II y Doña Isabel de Portugal, que se levanta en el centro del templo, cerca del presbiterio. Quiso la Reina Católica dar a su augusto padre espléndida sepultura, y bien satisfecha pudo quedar de cómo fueron cumplidos sus órdenes y su mandato. Nada hemos visto en catedrales y templos españoles que como monumento funerario pueda rivalizar con la admirable obra del maestro burgalés Gil de Siloé, tan bella en su concepción, tan rica en ornamentos y detalles, tan primorosa y prolija en la ejecución y tan soberana en el conjunto.

Sobre un zócalo octogonal, que adornan ricas molduras, leoncillos y figuras de niños y de ángeles, levántase el soberbio túmulo, tallado todo él en alabastro, a una altura de dos metros, teniendo una longitud de 4'80 X 3'72. Los cuatro tableros muestran adornados con maravillosos relieves y esculturas y coronados con pináculos y florones de prolija y delicada labor. En la parte superior, que parece dividida como para formar dos lechos mortuorios, se destacan, separadas, las esculturas yacentes de los Reyes. La de la Reina se inclina hacia el lado izquierdo y ambas son de una hermosura imponderable, principalmente la de Don Juan II, aunque en las dos se aprecia la misma majestad de las figuras, la nobleza de los rostros y el arte soberano de la ejecución; las regias cabezas descansan sobre almohadones de filigrana labor.

Viste el Rey ropón y manto, éste plegado prodigiosamente y sostenido con la mano izquierda, y ostenta sobre el pecho magnífico collar de una Orden, que acaso fuera la de la Razón, por él fundada. Las vestiduras de ambos Soberanos, las coronas que ciñen sus cabezas y los adornos todos de la indumentaria están tan delicada y prolijamente trabajados por el artista, que el visitante queda suspenso y mudo en la contemplación de tanto prodigio de belleza, sin acertar a separarse de la excelsa obra, ¡Cuánto primor de arte! ¡Qué singular acierto en las figuras y en los detalles todos! Basta el magno sepulcro para inmortalizar al maestro burgalés que la ejecutara de 1486 a 1493.

De este insigne artista fué hijo y discípulo Diego de Siloé, Arquitecto y Escultor también, que floreció en Granada en el siglo XVI, y que proyectó y dirigió la obra de aquella catedral, para la que hizo notables esculturas.

Frente al panteón del Rey Don Juan, adosado al muro, en el lado del

Evangelio, hállase el maravilloso arco sepulcral del Infante Don Alfonso, hijo de aquéllos, proclamado Rey en Ávila, por sus parciales, con el nombre de Alfonso XII. El tablero del túmulo está adornado con figuras de guerreros y los escudos de Castilla y de León; el muro interior del amplio nicho se divide en recuadros, cada uno de los cuales ostenta un bello bajorrelieve. Flanquean la arcada dos altas y elegantísimas pilastras, adornadas con repisas, que sostienen acabadas esculturas y calados doseletes, todo ello de una labor prodigiosa; rematan las pilastras esculturas de santos. El arco conopial interior en cuyo tímpano se admira un precioso relieve de la Asunción, termina en una alta y florida aguja. Todos los detalles son de un arte exquisito y de una delicadeza extraordinaria. Pero las miradas se detienen principalmente ante la escultura orante de Don Alfonso, que es de una gentileza, de una majestad y de un arte supremos. Toda ella está trazada y ejecutada de mano maestra, y los detalles del ropón de acuchilladas mangas, que se plega con singular elegancia; del almohadón donde descansan las rodillas y del tapete que cubre la mesa sobre la cual se abre el libro de oraciones admiran por su primor en las labores.

Con esta prodigiosa escultura pudiera competir otra bellísima, que se encuentra en el Museo de Burgos, procedente del Monasterio de Fresdelval, y que acaso es obra de la misma mano. Nos referimos a la estatua orante del doncel Juan de Padilla muerto en la guerra de Granada, cuyo sepulcro mandó hacer la Reina Católica. Su belleza sorprende y encanta a cuantos la admiran.

Otra obra maestra de la escultura y de la imaginería es el grandioso retablo de la Cartuja, uno de los más hermosos que existen en España. Es de madera tallada, dorada y policromada, de una riqueza incomparable, y fué labrado también, de 1496 a 99, por Gil de Siloé, a quien auxilió Diego de la Cruz. Todo él está poblado de esculturas y escenas religiosas en relieve, de ejecución admirable, al punto de que cada estatua es un verdadero modelo. El religioso historiador P. Francisco Tarín, ya citado, cree que en el soberbio retablo quiso representar el artista con sus simbolismos, no bien explicados hasta ahora, el triunfo de la Eucaristía en España. La espléndida obra mereciera una descripción detallada, más detenida aún que la que hizo el maestro Cardenera; pero ello no es propio de este lugar.

Existe en Burgos otro retablo que, por su magnificencia y belleza, compite con el de la Cartuja: el de la parroquia de San Nicolás, recientemente restaurada, que se eleva casi desde el piso del templo a la bóveda de crucería. Es de alabastro tallado, con tal profusión de relieves y esculturas, que para examinarlo detenidamente se requieren algunas horas. Por ello resulta algo confuso, comparado con el de Miraflores.

En la Cartuja existían, en la iglesia y en el monasterio, otras bellas obras de pintura. Pero todas ellas desaparecieron durante la invasión francesa, víctimas de la rapiña extranjera. En una capilla o sacristía inmediata al templo existen algunas estimables pinturas, obras de religiosos, y una prodigiosa escultura de San Bruno, procedente del siglo XVII, obra del portugués Manuel Pereira, que admira y subyuga por su realismo. De esta notabilísima escultura hizo un alto elogio el Rey Felipe IV, cuando visitó la Cartuja.

Cuéntase que admirando el sorprendente realismo de la figura de San Bruno, exclamó uno de los cortesanos que acompañaban a Don Felipe:

— ¡No le falta más que hablar!....

Y el Rey poeta rectificó al punto diciendo:

— No habla porque es cartujo....

LEÓN ROCH.

BELLAS POESÍAS ESPAÑOLAS

A LA DUQUESA DE ALBA

presentándole una obra de escultura, consagrada a su beneficencia.

Fiel la amistad, a tu presencia ofrece este precioso monumento, en donde la reverente gratitud te adora; él tu dulce atención humilde implora. Y una mirada de favor merece, pues llega a tí, como al Olimpo sube, por manos inocentes enviada, de grato incienso vagarosa nube.

Pudo el cincel representar la gloria de tu belleza, el poderoso halago de tus ojos por siempre abrasadores, y tu triunfo ostentar y tus victorias de las Gracias en medio y los Amores; mas era la amistad quien le guiaba; ella dijo al artista: «De tu mano un monumento singular espero, donde el genio del bien sólo respire; que de Alba la deidad en él se mire, y que por él eternizada sea la bondad celestial, inagotable, que su apacible corazón recrea.»

Y agrádese el cincel en su tarea; que al fin en ella a consagrar no aspira aquellos hijos del poder que triste la tierra siempre y con terror admira. Ellos del arte a profanar se atreven el genio creador cuando en su gloria mandan tallar los mármoles y broncees para eterno blasón de su memoria. Oyelo el arte esclavizado, y gime, y obedece. ¿Qué importa? El humo negro que sus atroces crímenes exhalan, allí fétido vaga; allí se escuchan

los ayes tristes que lanzar hicieron, aquel honor que sin pudor violaron, aquella fe que sin cesar mintieron; la maldición del mundo, que oprímia su insolente ambición... ¡Ah! Vanamente los esconde la tumba; ellos quisieron su fama eternizar; su fama vive, mas es de eterna execración cargada; y si la tierra a su pesar los nombra, o bien de oprobio y de baldón los cubre, o bien gimiendo y con dolor se asombra.

¡Oh, cuán diversa suerte, amable amiga, el cielo a tí te preparó! Tu cuna la humanidad y la amistad mecieron, y en tí encontraron sempiterno abrigo. Creciste: tu poder y alta fortuna, cual raudales de bien, siempre se vieron llevar el gozo y la piedad consigo.

¿Cómo o de dónde tan sublimes dones de tu nombre a la pompa se hermanaron? La pompa, siempre de soberbia henchida, sólo a temor y humillación convida; tú, a agradecer y a amar. Dígalo el eco de ansiedad y dolor, con que tu nombre, de labio en labio, sin cesar volaba, en estos tristes dolorosos días que la dolencia por tu sér vagaba, cuando, como serpiente ponzoñosa, por tus entrañas débiles corriendo, el mal las devoraba y tú gemías. Las noches sucedían a los días; los días a las noches; y el esquivo dolor triunfaba de tu endeble vida, en su violencia atroz siempre más vivo. Huye ¡oh muerte cruel! De aquí destierra tu faz odiosa y tu inlemente saña; hiera al perverso tu fatal guadaña, vengando de él a la ultrajada tierra, y perdona a su encanto... Oyólo el cielo, y el arte, que solícito empleaba

a par de ti su infatigable anhelo, calmar pudo al dolor; la parca, airada, que feroz amargándote ya estuvo, cedió, y la mano, en tu exterminio alzada, a su voz imperiosa se detuvo.

Vives, en fin, y conservada fuiste al amoroso llanto y los suspiros de la amistad, a los fervientes votos del agradecimiento. ¡Ah! Si a la suerte plugo en tal riesgo separar la hora que a tu hermoso vivir última sea, arrójela bien lejos; y que entonces, sereno, sin dolor, sin agonía, se parezca el momento de tu sueño al dulce oscurecer de un bello día. Morir es ley universal; no hay nadie que su sentencia redimir consiga; pero ¡morimos, adorable amiga! No; nuestro cuerpo, que la tierra esconde, vive y de vida; nuestra mente vive: la del sabio, en sus libros; la del bueno, de sus acciones en el grande ejemplo; la virtud recordándolas se eleva; gloria es su nombre, su memoria un templo.

Así vivirás tú; cuando trocada la suerte de los pueblos, que ahora deben a tu amoroso esmero su ventura, sientan, soberbia, a la opresión su azote sobre ellos extender, ¡oh, cuántas veces de tí se acordarán! ¡Cuántas, postrados ante este grupo, adorarán tu imagen, y dirán: «¿Dónde estás? ¿Cuál fué la mano que de tu amparo nos privó?». Y gimiendo, y en llanto triste el pedestal regando, exclamarán: «¡Oh Dios! Si ella viviera cesara nuestra mísera amargura; lloráramos tal vez, y el llanto fuera de dulce gratitud y de ternura.»

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Teatro

Español: *Cristalina*, por los señores Alvarez Quintero.

Los historiadores franceses que quieren estudiar la sociedad del Segundo Imperio no tienen inconveniente en acudir a las obras teatrales de Dumas hijo y Emilio Augier. Andando los años, el que pretenda conocer la burguesía española de la Regencia y de Alfonso XIII, hará bien en consultar la obra dramática de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. Hay en ella tipos deliciosos, ciudades muy pintorescas y el más completo repertorio de los modismos y formas peculiares de expresión del pueblo andaluz y de la clase media provinciana y madrileña, la última con su representación de todas las regiones de España.

Ya dije aquí mismo, antes de ahora, que en el teatro quinteriano se podían aislar las figuras que lo componen, sin que perdiesen valor. El caso es digno de tenerse en cuenta. El procedimiento lleva, lógicamente, a escribir *Cristalina* después de haber escrito *Malvaloca*. Los actos humanos —al menos socialmente— no guardan en sí mismos su significado y su valoración. Son ellos, a veces, como una página con diversos sentidos, según el temperamento, cultura y medio social del que lee. Antes de levantarse el telón, en la familia de *Cristalina*, su marido Raimundo y su suegro don Pachín, hubo el mismo conflicto que los autores plantean en *Malvaloca*: la redención de la mujer, no caída, que ha pecado; pero si allí daban magnitud a la desgracia los prejuicios de unos industriales poco instruidos en un medio social de transición entre el pueblo y la baja burguesía, aquí Raimundo, que es un escritor y un psicólogo, no ve obstáculo en casarse con una mujer que, si ha sido engañada, tiene la conciencia limpia y posee tesoros de bondad y ternura. Raimundo no se limita a dar a *Cristalina* su nombre sin tacha. Adopta también por hija suya el fruto de aquellos amores desdichados que fueron la deshonra de *Cristalina*.

Y aquí entra el optimismo de los Quintero, resultado de su individualismo. Si en el mundo «todo es según el color del cristal con que se mira» —no olvidemos la influencia de Campoamor sobre los autores—, ¿por qué no ponernos ante los ojos un vidrio color de rosa? ¿Por qué no disimular las desgracias, o, por mejor decir, lo que el mundo reputa desgracias, equivocándose las más de las veces? ¿Por qué no dar su verdadero sentido a cabilaciones, preocupaciones e ingratitudes del prójimo? Viva cada uno de su propia savia, de sus propios pensamientos. No demos valor a las cosas porque otros crean que lo tienen. Para conseguir la felicidad es necesario ejercitarse en la práctica del más riguroso autocentrismo, en el que entran los seres y los objetos que amamos, y en esto se diferencian autocentrismo y egoísmo.

Cristalina, como la protagonista de *El genio alegre*, contagia de su ventura a cuanto la rodea. La vida no guarda para ella otro significado que el de la felicidad de su esposo, su hija y —un poco por carambola— su suegro don Pachín, el viejo marino. Pensamientos tenebrosos, ideas lúgubres, tristezas, desesperanzas, tedios, sinsabores, son cosas que ella sabe disipar, como a golpes de varita mágica, con su alegre concepción del mundo y sus miserias, de las que debemos reírnos despreciándolas; su charla incesante, su risa entre alcada e ingenua, su gracia, sus manías inocentes, entre ellas la de cambiar de sitio casi a diario los muebles de la casa.

Comparten la felicidad que irradia *Cristalina* los personajes ya nombrados, la vieja criada Escapulario y hasta unas vecinas que los autores nos hacen ver a través de la masa que les sobró cuando moldearon a *Cristalina*. Loreto, que finge aborrecer al sexo feo y rabia por casarse, es un trasunto feliz, adaptado al medio y época actuales, de un tipo de Vargas Ponce en su *Proclama del solterón*. Confesará, con toda sinceridad, que las figuras más devaladas, menos precisas y más en peligro de borrarse y perderse en el fondo del cuadro, son Raimundo, el marido, y aquel hombre

que burló a *Cristalina*. *Cristalina* ha dicho, al casarse, que el autor de su deshonra y padre de su hija ha muerto. No es verdad. Vendrá en el primer acto, después de muchos años de ausencia, y se iniciará un conflicto dramático que no llega a cuajar. Al final de la comedia, el hada buena de los cuentos infantiles, que castiga vicios y premia virtudes, extenderá de nuevo sobre *Cristalina* y los suyos las alas color de ilusión.

¿Qué ha de ocurrirles a todos estos personajes? Muy poca cosa, y de aquí las censuras de algunos descontentos, que no tienen razón. Los autores no toman tipos de aquí y de allá para hacer una comedia, cuya acción, mezclada con más o menos episodios, sea el cuerpo principal de la obra. Su procedimiento es más natural y más humano. Se limitan a trasladar al escenario hombres y mujeres con vida y con alma; y ellos, y no los autores, son quienes forman la comedia, con su psicología, su concepto del mundo, sus acciones torcidas o derechas. Repetiré lo ya dicho en otra ocasión. Serafín y Joaquín no siguen el método de Velázquez en la *Rendición de Breda*, sino el usado por



El fallecimiento del Coronel Gobart, que en la actualidad mandaba el Regimiento Inmemorial del Rey, ha producido en el Ejército y en la sociedad madrileña, donde era muy apreciado, gran sentimiento. Prestigioso militar, de brillante carrera, gran cultura y clara inteligencia, era una legítima esperanza para el porvenir. A su viuda—hija del ilustre General Luque—, y a toda su distinguida familia enviamos la expresión más sincera de nuestro sentimiento.

este mismo pintor genial en las *Meninas*, y por Rembrandt en el *Gremio de pañeros*. Lo que vale son los personajes. La composición, el ajuste de las figuras en la escena es cosa secundaria y en todo dependiente de la principal, constituida por cada uno de los seres humanos que se mueven, hablan y viven a la luz de la batería.

Raimundo, aunque sospeche que algo anormal tortura a su esposa, no sabrá nunca que el seductor de otros tiempos estuvo en su propia casa, tratando de reanimar la pretérita pasión de *Cristalina*. Don Pachín guardará a su hijo el secreto. Si el hombre aquél ha muerto para *Cristalina*, ha muerto también para quienes se llevan su amor. No existe aquí la menor sombra de adulterio, el más ligero indicio de deslealtad. ¿A qué ha de enterarse Raimundo de lo que puede turbar su dicha?

Existen en la vida moral social —y la primera sociedad es la familia y el matrimonio— actos y funciones que, como otras de la vida fisiológica, deben taparse, ocultarse a los ojos de los demás, porque desagradan y asquean. Mostremos llagas y pústulas al médico encargado de curarlas, nunca al amigo con derecho a que no se le ofenda la vista, ni se le levante el estómago. Todo esto

se llama educación, que *Cristalina* debe convertir en caridad y amor a su esposo, para quien el conocimiento de lo que yace bajo una mentira piadosa no ha de producir sólo repugnancia, sino dolor profundo, tormento continuado, celos, vida de infierno, acaso la enfermedad y la muerte. ¿Cuánto más vale la verdad interior de *Cristalina* que la verdad externa, real, del mundo, en este caso caja de Pandora? El amor de Fedra por Hipólito no puede estar oculto en el pecho de la esposa culpable. La indiferencia y el desprecio de *Cristalina* al hombre que la dejó burlada son causa racional del silencio, que es ventura de una familia.

Cristalina es un alma pura. Su conciencia se ve blanca, transparente, como el agua clara, de cristal, que le da nombre. Pero no tratemos de penetrar en el sagrado de su conciencia. Si lo intentamos, cometiendo una indelicadeza, no dejará de ser «cristalina», inmaculada, porque nos recuerda, en uso de un derecho legítimo, el respeto que le debemos como a mujer. Lo pasado no ha de influir sobre nosotros cuando estamos arrepentidos y nuestra verdad y nuestra conciencia actuales contradicen los actos ya muertos —si no en la memoria, en el juicio y la voluntad que los engendraron—, porque con ellos reñimos batalla y los vencimos al triunfar sobre nosotros mismos.

No hay más que una verdad, pensarán algunos. En la acepción metafísica, sí, no hay más que una sola verdad; pero en la realidad de la vida, antes de formarse los universales con la abstracción de los individuos, y también del espacio y del tiempo, la verdad reviste formas diversas. Una mujer hermosa ofrece a su marido, a quien ama, los tesoros de sus hechizos y de su belleza, que son una verdad; pero no se le ocurre hacer contemplar el esposo la radiografía de su esqueleto, que refleja, copia, reproduce, pone al descubierto otra verdad, no menos evidente que la primera. ¿Será por ello hipócrita, falsa, apta para la doblez y el engaño? No. Del mismo modo, *Cristalina*, haciendo honra a su nombre, que recuerda por su simbolismo los nombres con que bautizaba Galdós a los personajes de sus novelas y dramas (pensamos en el don Pío Coronado de *El abuelo*), no es responsable moralmente de ninguna falta. Es espíritu superior al de su esposo y al de don Pachín, y la mentira, que es fundamento de su dicha, el haber asegurado al contraer matrimonio con Raimundo, que su seductor había muerto, y la ocultación a su marido de sus inquietudes son actos de conciencia cierta, acaso erróneamente cierta, pero en las que no cabe imputabilidad. La *Cristalina* de los Quintero evoca un problema de casuística muy tentador. Estimo la creación del personaje un acierto indiscutible. Para presentar a *Cristalina* tal cual es; para que ésta pudiera producirse según su corazón, su entendimiento y su voluntad, era necesario que el conflicto dramático llegase únicamente adonde los autores lo cortan.

Margarita Xirgu sabe dar a la heroína de la nueva comedia quinteriana todas las cualidades que en ella pusieron sus creadores: optimismo, alegría del vivir, amor a los suyos y una ingenuidad por la cual disimula *Cristalina*, para no vejar a los hombres de la casa (los «bichos», diría Loreto, la solterona *misantropica*), su superioridad de inteligencia y sentimiento. Serena de gesto y de ademán; ajustando siempre a las diversas situaciones la música de su voz meliflua, como de campanitas de oro, la Xirgu contribuye a realzar el personaje; lo vive, le da forma turgente, alma toda ritmos, plasticidad, fuerza dramática y cierta gracia, para cuyo logro se necesitan las admirables facultades de esta eminente actriz.

Don Pachín —tipo en el que se revela Alfonso Muñoz como actor de mucho talento— no desentonaría en una comedia de Molière ni en una novela de Balzac. Con su manía de las orientaciones, con su lenguaje esmaltado de modismos, o clichés de su familia y su clase social, es uno de los caballeros nobles por la cuna, incapaces de cometer villanía, valientes, honrados a carta cabal, con aptitud para haberse amasado una fortunita modesta, desconocedores del gran mundo, un poco rudos y en los que el cerebro guarda la suficiente inteligencia para servir los nobles impulsos, los sentimientos generosos...

Los Quintero tienen ya en toda su obra una galería de estos caballeros españoles, blasón de la raza.

Cristalina pone un nuevo laurel en la corona que a los Quintero corresponde, por su labor tan honrada, tan digna, tan sincera, tan española...

LUIS ARAUJO-COSTA.

RECUERDO HISTÓRICO

LA VILLA, LAS RIAS Y LOS MONTES DE LA SANGRE

IV

FRACASO NAVAL



La conmoción producida por la derrota del General Moriones en Somorrostro fué enorme; pasó las fronteras. Un denso ambiente de tristeza flotaba después sobre toda la España liberal; pues la espada de Don Carlos, triunfante sobre las crestas de la zona minera de Bilbao, parecía neutralizar los éxitos del Gobierno reductor del 3 de enero. Pero nadie pensó en ceder, poniendo el resuelto ánimo de seguir luchando hasta el fin, a la altura del desastre.

Desde que el Presidente del Poder Ejecutivo, el Capitán general don Francisco Serrano, Duque de la Torre, tuvo conocimiento del hecho por el Ministro de la Guerra, General Zabala, en la madrugada del 26, decidió el Jefe del Estado dejar interinamente su puesto para ponerse al frente del vencido ejército del Norte.



El General Zabala, Marqués de Sierra-Bullones, Ministro de la Guerra; interino Presidente del Poder Ejecutivo, del 27 de febrero al 2 de mayo de 1874.

«Convocóse el Consejo de Ministros—dice Pirala—; acudieron todos solícitos, y los que horas antes se hallaban en profunda crisis, no atendieron más que a los patrióticos impulsos de su corazón.»

El General Zabala telegrafió a Moriones: «Dígame V. E., con urgencia, los elementos de todas clases que, en su concepto, son necesarios para forzar las posiciones y vencer al enemigo.»

Moriones: «Creo necesarios seis batallones, dos baterías de a 10 centímetros, rebajando la carga de los disparos; una de a 12 centímetros; otra Krup de acero y tres de montaña, con la dotación mínima de municiones de artillería de 500 disparos por pieza.»

El Ministro de la Guerra: «Se ponen en marcha

fuerzas de consideración para aumentar ese ejército. A que no decaiga su espíritu y a sostener ahora, más que nunca, la disciplina, deben dirigirse los esfuerzos de su digno General en Jefe.»

Moriones: «La disciplina de este ejército está a gran altura; su espíritu no ha decaído, y volverá a combatir con la misma decisión. Espero los refuerzos y recursos pedidos.»

La actividad en toda España era grande. Para no pensar más que en el horrendo drama de las Encartaciones y ponerle rápido y eficaz remedio, abandonaron los políticos la idea del plebiscito, que debía de dar a la Nación la forma definitiva de Gobierno; Momo arrojó los cascabeles para empuñar el fusil, y la Cuaresma, su manto para ceñir la blanca toca; el Ayuntamiento y el periódico *El Imparcial* abrieron suscripciones para allegar recursos, que inmediatamente encontraron eco eficaz en la capital y en las provincias, y en Madrid, a la Asociación benéfica, llamada La Cruz Roja, unió sus esfuerzos la nueva fundación Asociación de Señoras. Damas ilustres como las Duquesas de Bailén, Medinaceli y Montijo, y las Marquesas de Alcañices, Santa Cruz, Monistrol y tantas otras, hacían sin cesar hilas y vendajes, al mismo tiempo que los teatros cooperaban, por su parte, en obra tan gallarda y tan benéfica.

Y entre tanto, interino Presidente del Poder Ejecutivo, Zabala, con la cartera de Guerra, Serrano y las tropas marchaban a campaña. Congestionábase la línea férrea de Santander, plétorica de soldados y abarrotada de material de guerra, y vítores y aclamaciones oían inacabables el Duque y sus valientes, que de ambas Castillas y de Aragón, de Andalucía, de Galicia y de Cataluña marchaban hacia el Norte.

Había que cerrar el paso al negro fantasma del oscurantismo, sustituir a los que caían, cual inmortales gladiadores, defendiendo la santa y redentora idea de la Libertad.

Ante espectáculo semejante, que no era sino demostración palpable del espíritu del siglo, los carlistas ven desvanecerse el completo triunfo que esperaban.

Mostrábanse, de todos modos, audaces, y en su Alto Mando,

Larramendi propuso pasar el Ebro con los batallones castellanos y algunos otros, o, de lo contrario, tomar a Vitoria y Lizarraga, cortar la línea férrea de Santander, base de operaciones del enemigo, o atacar su derecha y retaguardia. Pero nada en uno u otro sentido se hizo, pensando que muy pronto volverían los republicanos al asalto, y que, por consiguiente, era perentorio aumentar fuerzas y defensas.

Iban a ser éstas por completo inexpugnables para un ataque de frente. A las fogatas, pedreras, rieles de ferrocarril, ruedas de vagones y otros mil y mil obstáculos, que dificultaban más ahora la subida y precipitaban la bajada, había que añadir las zanjas, en las que, ocultos los tiradores hasta la altura de la cabeza, ofrecían mínimo blanco, pudiendo hacer fuegos rasantes.

Sin abandonar del todo los parapetos de tierra y piedra, cuya resistencia no había respondido a las esperanzas, se hicieron a través de los montes, desde el Lucero hasta el Erce, en el valle del Cadagua y hasta cerca de Ontáñez, en la extrema izquierda, largas series de zanjas, comunicándose entre sí y cruzando los fuegos.

Como la situación de Tolosa, en Guipúzcoa, era cada día más difícil, por la insuficiencia de fuerzas liberales para sostenerla, uniéndose a esto la situación, tampoco nada halagüeña, de los republicanos en Vizcaya, decidió el Gobierno evacuar la plaza, realizándose este triste hecho, por orden de Loma, en la tarde del 28 de febrero, ya conocido el fracaso de Moriones en Somorrostro.

El día 5 de marzo entró Don Carlos en Tolosa, bajo arcos de triunfo, siendo recibido con gran entusiasmo y saludado con repique de campanas.

Desde entonces dispusieron, carlistas y liberales, de mayor número de fuerzas para continuar su sangrienta contienda en las Encartaciones. Si grande era la actividad de los liberales, no era menor la de los facciosos; unos y otros, sufriendo las crudezas de un duro temporal de agua y de nieve, reforzábanse sin cesar.

El sitio de Bilbao continuaba siempre lo mismo, variando la intensidad del bombardeo por el lado faccioso, según la cantidad de pólvora y de proyectiles de que los carlistas podían disponer.

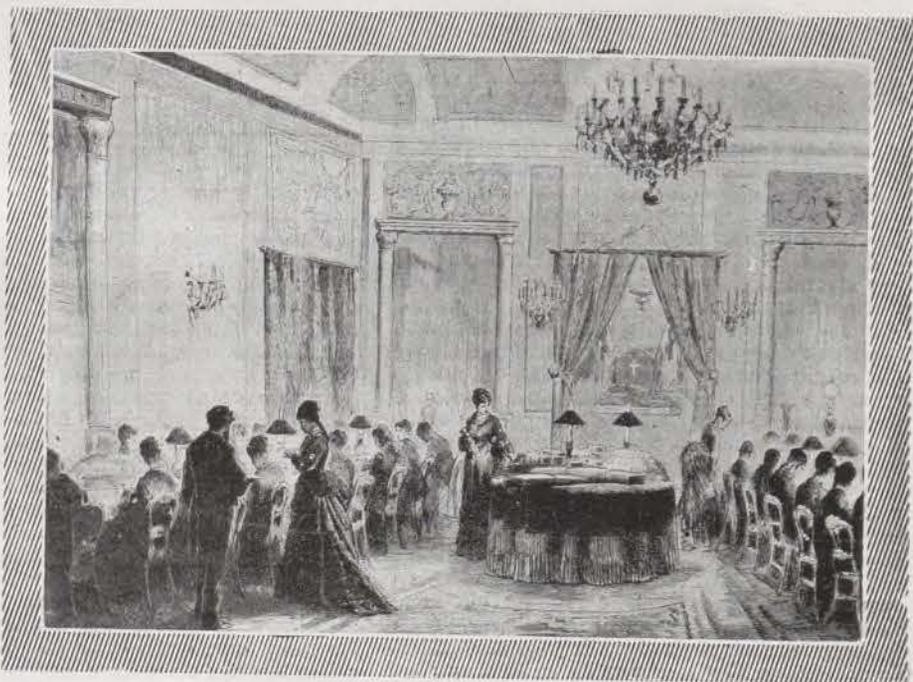
Valdespina comunicó a Castillo la derrota de Moriones; pero esto no hizo cambiar ni decaer en absoluto el ánimo de los defensores de la plaza, dispuestos siempre a seguir luchando.

Vista la actitud de los bilbaínos y de que la pelea en los montes iba a continuar con el mismo brío, comenzó a abrirse paso, en el Alto Mando faccioso, la idea de levantar el bloqueo y de abandonar la línea del Somorrostro, siendo Don Carlos uno de los que más propicios se encontraban a ello, pues a las anteriores circunstancias había que añadir la dificultad, cada día mayor, para el municionamiento.

En medio del entusiasmo de las regiones por donde pasaba, y acompañado del Ministro de Marina, Vicealmirante Topete, del General Letona y del Brigadier Chinchilla, llegó el Duque de la Torre a Santander en la mañana del 26 de febrero, impidiéndole el temporal embarcar para Castro Urdiales hasta las primeras horas de la tarde del 5 de marzo.

Tomó el mando Serrano el día 8, y estableció su Cuartel General en San Juan de Somorrostro. Los refuerzos concentrábanse a toda prisa.

El ejército se organizó en dos Cuerpos, divididos en dos brigadas de vanguardia y cuatro divisiones. El Teniente general D. Antonio López Letona mandaba el primer Cuerpo; su brigada de vanguardia, D. Ramón Blanco.



Madrid: Preparación de hilas y vendajes, por las señoras de la Cruz Roja, en el palacio de la Duquesa viuda de Medinaceli.

y las divisiones, respectivamente, los Mariscales de campo, Andía y Catalán. El Mariscal de campo, D. Fernando Primo de Rivera, mandaba el segundo Cuerpo; su brigada de vanguardia, D. José Chinchilla, y las divisiones, respectivamente, el Mariscal de campo, Serrano Acebrón, y el Brigadier Morales de los Ríos. En total, 42 batallones, dos compañías de Ingenieros, 13 baterías montadas y de montaña, Krup y Plasencia, una sección de la Guardia civil y otra de Caballería: 22.000 hombres con 52 cañones y cien caballos.

Estas fuerzas hubieron de aumentarse con 2.000 soldados más, que a las órdenes de Loma desembarcaron de Guipúzcoa en Castro.

Para combinar el plan de las próximas operaciones, el Duque de la Torre reunió el 12 un Consejo de Guerra, al que asistieron: el Ministro de Marina, el Jefe de Estado Mayor, D. José López Domínguez; los Comandantes en Jefe de los Cuerpos de Ejército con sus Jefes de Estado Mayor respectivos, los Comandantes generales de Artillería y de Ingenieros y el Jefe de la escuadrilla del Norte, el Brigadier D. Victoriano Sánchez Barcaiztegui.

Ante la imposibilidad material, por falta de fuerzas, de una maniobra que, por el valle del Arratia, en el Sur de Vizcaya, llevase una parte de las tropas liberales a la retaguardia del enemigo, y ante la imposibilidad material también de un movimiento de flanco, que envolviese por su izquierda la línea facciosa, sobradamente defendida allí, hubo de pensarse de nuevo en el ataque de frente, combinado esta vez con un desembarco por las playas de Algorta.

Ultimado el plan, en la tarde del 19, a las cuatro, zarpó de Santoña, con tiempo hermoso y mar bella y a las órdenes de Topete y de Barcaiztegui, una escuadrilla, compuesta de 25 buques de guerra y mercantes y 40 embarcaciones menores, cuyas bordas protegían planchas de acero.

Conducían las naves 9.500 hombres de desembarco, con su dotación correspondiente de artillería, municiones y víveres para diez días, al mando de los Generales Loma y Serrano Acebrón.

Al mismo tiempo, las tropas que quedaban en tierra preparaban, para el amanecer del 20, el ataque, tan pronto como supieran que las fuerzas de desembarco habían roto el fuego en Algorta.

Los carlistas, desde sus alturas, comenzaron a ver la escuadrilla al empezar el crepúsculo, distinguiéndola después, al cerrar la noche, por las luces de las naves, sobre cubierta, en las bergas, en las cofas o en los trinquetes.

Al presentarse los buques en aguas de Algorta, los facciosos no tienen para defender estos lugares más que un solo batallón. Patero, que allí manda, parapetando sus hombres en los altos, pide rápidamente auxilios, que acaban por no llegar.

Las circunstancias parecían ser por completo favorables a las armas liberales. Pero a las tres de la madrugada cambió súbitamente el tiempo, desapareció el viento flojo del Norte y la mar llana, y surgió la marejada y el huracán, acompañados de frecuentes chubascos.

Creyeron los prácticos en un próximo temporal, tan inmediato, que no daría tiempo para el total desembarco de fuerzas, municiones y material, corriendo al mismo tiempo los buques el peligro de perderse.

Grandes eran las responsabilidades de Topete, de Barcaiztegui y de Loma, porque podría darse el caso de que, aun pudiendo desembarcar una parte de las tropas, no lo pudiese hacer el resto, y aisladas las fuerzas ya en tierra, sin protección y teniendo que pelear con un enemigo conocedor perfecto de la situación, el aniquilamiento de los desembarcados era seguro.

Reunióse, en consecuencia, el Consejo en la nave capitana, y en él se dictaminó que la expedición retrocediera.

Dióse, pues, orden de retirada, y la escuadrilla levó anclas, tomando de nuevo la dirección de Castro y de Santoña, en el momento en que la fuer-



Tropas embarcadas con destino a la operación sobre Algorta.



«La Plegaria», estudio del natural, por D. Alfredo Perea.

za del sol hacía desaparecer las brumas y el mar quedaba tranquilo como un lago.

Las fuerzas que por tierra habían de secundar el desembarco y atacar a fondo al enemigo, esperaron en vano.

LORENZO RODRÍGUEZ DE CODES.

BODAS ARISTOCRÁTICAS

En la iglesia parroquial de Santa Bárbara se ha celebrado en la intimidad, a causa del reciente luto de la novia, la boda de la bella señorita Angela Martínez Campos y San Miguel, hermana del Marqués del Baztán, con el joven Oficial del Ejército D. Juan Luis Roca de Togores y Caballero, hijo de los Marqueses de Rocamora.

En la intimidad, asimismo, se ha verificado la boda de la bella señorita María de los Dolores López Chicheri con D. Miguel Angel Muguero.

También se ha celebrado en Madrid el enlace de la encantadora señorita Sara María Oliva Mack con D. Luis Drake y Fernández Durán, hermano de los Marqueses de Cañada Honda.

Y en Cádiz han contraído matrimonio la señorita Eloisa Jiménez Encina y Paniagua y el joven Marqués de Casa Vargas Machuca. Nuestra enhorabuena a las nuevas parejas.

La Marquesa de San Lorenzo de Valle Umbroso ha pedido para su nieto, el Marqués de Cartojal, la mano de la bella señorita Sofía Plá y Ruiz Pelayo, hija mayor de los Marqueses de Amboage.

También los Condes de la Oliva de Gaytán han pedido para su hermano D. Jaime Martín Aguilera la mano de la señorita Agueda Vigo y Fabra, hija de la señora viuda de Vigo y sobrina del Marqués de Alella.

Para el próximo mes de mayo ha sido fijado el enlace de la bella señorita Carmen Martín y Montis, hija de los Marqueses de Linares, con D. Fernando Redondo.

Ha sido pedida la mano de la bella señorita María Navas para don Manuel López Díaz, perteneciente a distinguida familia montañesa. La boda se celebrará en abril.

Los cronistas de sociedad anuncian dos bodas próximas. Una es la de una bella Condesa, hija de unos Marqueses, Grandes de España, en cuyo palacio se han celebrado elegantes fiestas, con el hijo de otros Marqueses, Grandes de España también, residentes en una capital andaluza. Entre los novios se han cambiado valiosos regalos, y la boda se celebrará en el próximo mes de abril.

También en breve se celebrarán, en el mismo día, los matrimonios de dos encantadoras señoritas asturianas, hijas de un Marqués, Grande de España, con dos hermanos, pertenecientes también a distinguida familia.

Mundo Mundillo...

HA sido rehabilitado el título de Marquesa de Torrehermosa, creado para D. Juan Fermín de Apezteguía, a favor de D.^a María de los Angeles Muguíro y Beruete, sin perjuicio de tercero.

Por D.^a María de la Soledad Ruiz de Libori y Resino, y por D.^a María Manglano y Cúcaló de Montul, representada por su esposo D. Juan Martínez de Vallejo y Morand, ha sido solicitada Real carta de sucesión en el título de Barón de Alcahalí y de San Juan de Mosquera.

Asimismo, D. Ramón de Dalmau y Olivart, Marqués de Olivart, en representación de D. Enrique Esteban Wattel, ha solicitado la rehabilitación del título de Marqués de Leda.

Por S. M. el Rey ha sido nombrado Gentilhombre de su Real Cámara, el distinguido Oficial don Mauricio Manrique de Lara, hijo del ilustre General del mismo apellido. Le damos nuestra cariñosa enhorabuena.

LE ha sido concedida la Gran Cruz de Isabel la Católica al Ministro de Cuba, acreditado cerca del Gobierno italiano, D. Carlos Armenteros y Herrera. Con este motivo, el culto diplomático cubano ha recibido muchas felicitaciones.

Casa RAMOS-IZQUIERDO
TROUSSEAU LAYETTES
Plaza de Alonso Martínez, 2.—Teléfono 141-J.

EN la parroquia de la Concepción se ha celebrado el bautizo de la niña dada a luz por la señora de Ortiz Milla, hija del ilustre escritor D. Angel María Castell.

La recién nacida ha recibido el nombre de María del Carmen.

TAMBIÉN ha sido bautizada, en San Sebastián, la hija recién nacida de los Vizcondes de Bahía Honda, imponiéndosela el nombre de Isabel.

Fueron padrinos, la Marquesa de Villamayor y el Duque de Villahermosa.

EN la hermosa finca «Las Radas», situada en término de El Escorial, se ha celebrado una animada cacería.

Invitados por el dueño, D. Ricardo G. Peláez, asistieron a la excursión cinegética: D. Fernando de Urquijo, hijo de los Marqueses de este título; D. José y D. Luis Bernaldo de Quirós, hijos del Marqués de los Altares; el Conde de Villaverde, D. Rafael Reig, D. César Torroba, D. Rafael L. Pando, D. Enrique F. Villaverde, D. José Monasterio, D. Regino Rivero, el maestro Lasalle y D. Miguel Gómez.

EN el palacio de los Marqueses de Casa-Torres se ha celebrado una brillante fiesta, a la que concurrieron: S. M. la Reina Doña Cristina, Sus Altezas los Infantes Don Carlos y Doña Luisa, y su hija, la Infanta Doña Isabel Alfonso.

También asistieron: el Duque y la Duquesa de Montpensier, el Infante Don Fernando, la Duquesa de Talavera y las Princesas de Salm Salm.

Entre la concurrencia se veía, por primera vez desde su matrimonio, a la joven Vizcondesa de Priego, y recién llegadas de Córdoba, a la Marquesa del Mérito y su hija, la señorita de Carrizosa, que pasan aquí una breve temporada.

La Marquesa viuda de Casa-Torres, su hija la actual poseedora de dicho título, y su nieta la señora de Mora, hicieron los honores de la fiesta.

MARIANO SANCHO
AUTOMÓVILES
Hupmobile. Chandler. Cleveland.

Martínez Campos, 9.—Teléfonos J-1737 y J-127.

M A D R I D

TAMBIÉN en casa de la Condesa de Medina y Torres se celebró un almuerzo en honor del Cardenal Benloch. Fueron los comensales, entre otras personas, el Ministro de Gracia y Justicia, Conde de Romanones; la Condesa y el Conde de Gimeno; los señores de Ruiz Jiménez, y los Marqueses de Pilares, Encinares y Selva Alegre.

Como las novedades de *La Duquesita* no hay nada.

—Conformes. El día en que me case te lo demostraré, enviándote uno de esos preciosos sortijeros de alabastro, que son su especialidad.

LA Baronesa de Torrellas, hija de los Marqueses de San Vicente, ha dado a luz con felicidad una niña. Madre e hija se encuentran muy bien.

La señora de Moreno Agrela (D. Pedro) ha dado a luz, también con felicidad, una niña.



PELUQUERO DE SEÑORAS
ARMANDO SCHWARZ

Peinados, Ondulaciones,
Postizos, Tintes.

Poseedor de cinco primeros
premios en concursos y ex-
posiciones.—Servicio sólo a
domicilio.

Serrano, 70. Teléfono 434 S.

On parle français. Man spricht deutsch
English spoken.

EN la Embajada de Inglaterra se ha celebrado una comida, con la que el Embajador de la Gran Bretaña y lady Isabella Howard obsequiaron al Ministro de Estado y a la señora de Alba; al Embajador de Francia, a madame de France y a su hermana, mademoiselle Caporal; al de los Estados Unidos y Mrs. Woods; a la Duquesa y el Duque de Tovar; al Ministro de Chile y a la señora de Aldunate; al Embajador español D. Ramón Piña; al Ministro de los Países Bajos, Sr. Melvill; al primer Introdutor de Embajadores y la Condesa de Velle; a la señorita de Heredia, dama particular de la Reina Victoria; a la señorita de Bertrán de Lis; al Subsecretario de Estado y la señora de Palacios; a madame Lloyd Thomas, esposa del primer Secretario de Inglaterra; a Mr. Behrens y al Capitán Charles.

EN la Real Basílica de San Francisco el Grande se ha reunido el Capítulo de la Orden militar del Santo Sepulcro, presidido por el Nuncio Apostólico, monseñor Tedeschini, para armar Caballero de la misma a D. Rodrigo Figueroa y Torres, Duque de Tovar.

Asistió al acto S. A. R. el Infante Don Fernando, formando el Capítulo numerosos Caballeros.

Bendijo el hábito el Vicario general de los Padres Franciscanos, y apadrinó al nuevo Caballero el Capitán general, Duque de Rubí.

FIGURINES
PATRONES

Preciados, núm. 7.

Más de cien revistas diferentes.

Notas de pésame

LA grave dolencia que padecía la respetable señora viuda de Montero Ríos tuvo el doloroso término que se temía.

La señora D.^a Avelina Villegas, viuda de Montero Ríos, contaba ochenta y seis años de edad. Era una dama muy bondadosa que se captaba el afecto y las simpatías de cuantos tenían el gusto de tratarla. En l'ontevredra, donde constantemente residía, en la hermosa finca de Lourizán, era muy querida por todo el mundo.

De su matrimonio con el ilustre hombre público D. Eugenio Montero Ríos, de quien fué tantos años amante compañera, son hijos D.^a Eugenia, viuda del Sr. Martínez de Campos, que fué Presidente del Tribunal Supremo; D.^a María Victoria, Marquesa de Alhucemas, esposa del Presidente del Consejo; el Senador D. Avelino y el diplomático D. Gerardo. Otros hijos fueron los finados D. Eugenio y la señora de Vincenti.

Toda la sociedad madrileña se ha unido al duelo de los Marqueses de Alhucemas y de sus hermanos. Para expresarles su pésame desfilaron por la casa de la plaza del Progreso y por la de los Marqueses de Alhucemas numerosas representaciones de la política, del Cuerpo diplomático y de la sociedad.

Muy de veras nos asociamos al dolor de la ilustre familia, enviando a todos nuestro sentido pésame.

EN Madrid ha fallecido, a los diez y ocho años, la bella señorita Carmen Rodríguez y Auñón, hija de los Sres. de Rodríguez Pedro y nieta del ilustre Almirante de la Armada Marqués de Pilares.

La infortunada señorita, que era la alegría de su hogar, fué llevada a un hotel de la Dehesa de la Villa, para intentar que se repusiera en su quebrantada salud. Todos los esfuerzos fueron inútiles y, rodeada de los suyos, entregó la encantadora joven su alma a Dios.

A su madre D.^a María Auñón, a su padre el Jefe de Administración de Hacienda D. Antonio Rodríguez Pedro y a su abuelo el ilustre General Auñón, enviamos la expresión más sentida de de nuestro dolor.

TAMBIÉN ha fallecido la respetable señora doña Julia López Barrutia, esposa de D. Honorio Valentín Gamazo, a quien enviamos nuestro pésame.

APARTE nos hacemos eco del sentimiento que produjo en Madrid la muerte del ilustre Arquitecto D. Vicente Lampérez y Romea; pero no queremos dejar de consignar aquí el testimonio más efusivo de nuestro pesar a su insigne compañera D.^a Blanca de los Ríos, orgullo de nuestra literatura, a quien han llegado en estos días constantes testimonios de adhesión y sentimiento con tan triste motivo.

EN el mes pasado se ha cumplido el primer aniversario de la muerte del bizarro Oficial de Cazadores de Alcántara D. Narciso Pérez de Guzmán, una de las víctimas de la guerra de Marruecos, que ha llevado la desolación a tantos hogares españoles.

Gloriosa al par que cristianamente, pues la bala traidora que puso fin a su juvenil existencia dióle tiempo para recibir los auxilios espirituales, el hijo de los Condes de Torre-Arias murió defendiendo a la Patria. Si estas dos circunstancias pudieran servir de lenitivo al inmenso dolor que su pérdida ocasionara a sus padres y hermanos, justo es que la crónica registre ambos datos, como la más bella corona que pueda depositarse en la tumba, siempre florida, del joven Pérez de Guzmán.

La sociedad madrileña y los compañeros todos de la noble víctima han testimoniado de nuevo su pésame a la ilustre familia.

Lo mismo hacemos nosotros, de todo corazón.

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA

CUENTOS PARA NIÑOS

EL HADA DE LAS FLORES

El jardín que circundaba el elegante y aristocrático hotel de los Marqueses del Cisne era un modelo, un encanto, una delicia, un halago amoroso...

La madre de los Marqueses, venerable anciana de rugosa faz y alma de niña, que se alimentaba de ensueño, poesía y flores, había puesto en el bello jardín sus afanes, que compartía con Adelina, la nietecilla linda, traviesa y alocada.

Las manos pálidas y exánquies de la abuela acariciaban las fragantes rosas, las pimpantes amapolas, las puras azucenas y las humildes violetas, y ellas agradecían las caricias, perfumando blanda y dulcemente las manos protectoras.

No bien la aurora teñía de grana las cimas de las montañas próximas, la abuela bajaba al jardín, arrastrando los pesados y torpes pies, para saludar a las predilectas de sus amores, y las flores le ofrendaban las primicias de los embriagadores aromas, de los delicados perfumes, de las refinadas esencias de sus corolas, escarchadas de titilantes perlas de rocío... Cuando el sol se hundía en su lecho de fuego y tenues sombras envolvían el cuidado jardín, se despedía de sus flores, acercando los fríos labios a los perfumados cálices, y la susurrante brisa que jugaba con las rosas fingía un beso de ternura, un adiós cariñoso... Y entonces nueva vida corría por las venas de la anciana, el pecho palpaba de entusiasmo, los apagados ojos brillaban y fosforescían con los dulces recuerdos de los pasados años en que rindió culto al amor, al ensueño, al bien, a la virtud.

Mas un día la descarnada muerte cerró, con sus manos de niebla, los ojos de la venerable anciana de rugosa faz, de pálidas y exánquies manos y alma de niña..., y el hada del jardín cortó las entreabiertas rosas para tejer una corona que rodease la yerta frente y perfumase la nieve de los cabellos...

Adelina, la niña traviesa y alocada, la única hija de los Marqueses del Cisne, vióse libre de las amorosas trabas de la abuelita, y el cuidado jardín fué la víctima de sus andanzas y destructores impulsos. Arrancaba las flores de sus tallos, donde se mecían ga-

llardas y arrogantes, para respirar un momento su aroma y deshojarlas luego y arrojarlas, airada o sarcástica, para que le sirviesen de alfombra a los diminutos pies, sin querer advertir que bajo sus plantas murmuraban un reproche, una queja, una humilde súplica...

Nunca entraba en el jardín si no era para destrozarse las escondidas violetas y gozarse en las torturas que adivinaba al tronchar las flores o morder con fruición los botones de las rosas, antes de abrirse, antes de recibir

rojos labios; de ojos de cielo y pies microscópicos; de tersa frente, por la que nunca se ha deslizado un pensamiento triste, y aliento embriagador, entró en el jardín, dejando como huellas de su paso una estela de jazmines, azucenas, lirios, violetas, nardos y rosas... De sus hombros pendía un manto, formado de pétalos de rosas y rayos de luna, y sus ondulantes pliegues prestaban majestad y grandeza al rítmico y armonioso andar.

Las hadas, que mecían sus sueños en las corolas de las flores, dieron al viento sus voces de plata y entonaron un himno de bienvenida, de rendido homenaje, de profunda admiración, a la que descendiera del Olimpo para defender a las indefensas rosas; los pájaros, ocultos en la enramada, piaban jubilosos, semeando tímidas campanillas, y el ruseñor le ofrendó los arpados gorjeos de su no aprendido canto, y hasta el monótono murmurar del agua en la fontana tornóse frívolo y reidor...

En la augusta serenidad de la noche, digno marco a tanta belleza, dejóse oír la dulce y meliflua voz de la diosa, que saludaba a las flores y les prometía una defensa, una coraza y un escudo.

A la mañana siguiente bajó Adelina al jardín a continuar la funesta y destructora labor predilecta de su alocado espíritu; se acercó al más gallardo de los rosales, y después de retarle con la airada mirada, gozándose en el martirio que adivinaba en el alma de las rosas al verse retorcidas y estrujadas, arrancó con furia y enconado enojo la más hermosa de ellas, la que se destacaba de todas las del rosal por la delicadeza de los matices; mas... un grito agudo se escapó de sus labios de grana, llenáronsele los bellos ojos de lágrimas, sacudió fuertemente la mano que dejó caer la rosa y vió que la sangre había puesto unas gotas de púrpura en la nivea blancura de su diminuta y bien cuidada mano.

¡La diosa había rodeado a las frescas y bellas flores de acerado escudo! ¡Y es desde entonces que las rosas tienen espinas!

FRIVOLINA.

LAS SEÑORAS DISPONEN

HOY DE UNA FÓRMULA ABSOLUTAMENTE CIENTÍFICA PARA BORRAR POR COMPLETO EL BRILLO Y LAS ARRUGAS DEL CUTIS. DICHA FÓRMULA ADMIRABLE SE HALLA CONTENIDA EN LA

C R E M A

“FLORES DEL CAMPO”

Caja: 4,50 pesetas.

ÚLTIMA CREACIÓN DE “FLORALIA”

las primeras caricias de la aurora y el primer ardiente beso del sol.

Las flores, vejadas, escarnecidas e injuriadas por la inquieta Adelina, elevaron una perfumada y sentida plegaria a su diosa, y movieron blandamente sus cálices, implorando protección contra las iras de la niña, que, si alguna vez tenía razón, era cuando, decidida y resueltamente, afirmaba que el perfume de las FLORES DEL CAMPO era más delicado, fino y suave que el aroma de las rosas que hallaban la muerte entre sus manos de azucena.

La diosa dignóse escuchar las sentidas plegarias de las rosas y se decidió a defenderlas de las injustas arremetidas de Adelina o de las niñas que, como ella, se complacen en torturar la delicada alma de las flores.

Y una noche, cuando la argentada luz de la luna celaba el tranquilo sueño de las flores, la diosa de cabellos de oro y rostro de nieve y rosa; de marfileños dientes, que se ríen en la entreabierta amapola de los

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{1A}
CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)
ABANICOS, PARAGUAS, SOMBRILLAS Y BASTONES
Arenal, 22 duplicado.
Compra y venta de Abanicos antiguos.

Bicicletas, Motocicletas, Accesorios. — Representantes generales de la **FRANÇAISE DIAMANT Y ALCYON**. — Bicicletas para Niño, Señora y Caballero.

Viuda e Hijos de C. Agustín
Núñez de Arce, 4. — MADRID. — Tel. 47-76

LA CONCEPCION SANTA RITA
Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono 53-44 M. Teléfono 53-25 M.
LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa
VILA Y COMPAÑIA, S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA
FOURRURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4. — MADRID — Tel.º M. 33-93.

 **EL LENTE DE ORO**
Arenal, 14. — Madrid
GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO
CONDECORACIONES
PROVEEDOR DE LA REAL CASA Y DE LOS MINISTERIOS
Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGE
Articles pour Automobiles et tous les Sports.
Spécialité: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE
Cid, núm. 2. — MADRID — Telf.º S. 10-22.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTOCRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

HIJOS DE M. DE IGARTUA
FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS
MADRID. — Atocha, 65. — Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA
GRAN FABRICA DE GAMAS DORADAS
— MADRID —
Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE
ROBES ET MANTEAUX
Plaza Santa Bárbara, 8. MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava, 9.
Primera en España en
Mantones de Manila
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
Siempre novedades.

Viuda de JOSE REQUENA
EL SIGLO XX
Fuencarral, núm. 6. — Madrid.
APARATOS PARA LUZ ELECTRICA — VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS — CRISTALERIA — LAVABOS Y OBJETOS
PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN
Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las Reales Maestranzas de Caballería, de Zaragoza y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza, de Madrid.
Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables y espadas y condecoraciones.

LONDON HOUSE
IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS — BASTONES
CAMISAS — GUANTES — CORBATAS — CHALECOS
TODO INGLES
Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE
CARROCERIAS DE GRAN LUJO * AUTOMOVILES DANIELS * AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI
Miguel Angel, 31. — MADRID — Teléfono J.-723.

Acreditada **CASA GARIN**
GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS
PARA IGLESIA, FUNDADA EN 1820
Mayor, 33. — MADRID — Tel.º M. 34-17

CASA LANGARICA
SASTRERIA
Carmen, 9 y 11. MADRID

EUGENIO MENDIOLA
(Sucesor de Ostolaza)
FLORES ARTIFICIALES
Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono 34-09. — MADRID

JOSEFA
CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIROS Y LAVETTES
Cruz, 41. — MADRID

LUIS R. VILLAMIL
AUTOMOVILES
MARMON :: NASH :: ESSEX
Alcalá, 62. — MADRID — Telf. S. 586.

FABRICA DE PLUMAS DE LEONCIA RUIZ
PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA Y TENDIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TENDIDO EN NEGRO
ABANICOS - BOLSILLOS - SOMBRILLAS - ESPRITS
Preciados, 13. — MADRID — Telf. 25-31 M.

LA MUNDIAL
SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS
DOMICILIO:
MADRID || Alcalá, 53.

Capital social... { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.030 pesetas desembolsado.
Autorizada por Reales órdenes 8 de julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios. Seguros mutuos de vida. Supervivencia. Previsión y ahorro. Seguros de accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros

CASA APOLINAR — GRAN EXPOSICIÓN DE MUEBLES —
Visita esta casa antes de comprar.
INFANTAS, 1 duplicado. ☉☉☉ ☉☉☉ TELEFONO 29-51.

FAMILIAS DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA

LOS VICTORIA



La Duquesa de la Victoria es hoy uno de los más legítimos orgullos de la nobleza española. Su nombre lo pronuncian todos los labios con gratitud y con admiración. Temple de heroína y corazón de santa, ha puesto su vida al servicio de su patria, y en la obra de abnegación que, especialmente desde julio de 1921 se ha impuesto, no se sabe si admirar más los raudales inextinguibles de su piedad, los destellos de su inteligencia organizadora, o el soberano esfuerzo de su voluntad, que la hace ser incansable en la práctica del bien. La Duquesa de la Victoria, la primera figura de la Cruz Roja española, es una mujer que honra a su sexo y a su raza.

Junto a ella, siendo su consejero, su guía y su colaborador, se halla su ilustre marido, a quien su condición militar impone, además, otra porción de sacrificios y deberes en aras de la patria. Y el Duque y la Duquesa, unidos por el mismo sentimiento de patriotismo y caridad, han consagrado así sus existencias a la más hermosa de las tareas: la de mitigar dolores y suavizar penas a expensas del propio esfuerzo, y, muchas veces, del propio dolor.

¿Quiénes son los Duques de la Victoria? Hablemos primero de ella, D.^a María del Carmen Angolotti y Mesa, que lleva el título por su matrimonio, pertenece a una distinguida familia madrileña, muy conocida y apreciada desde hace mucho tiempo en nuestros círculos aristocráticos. Hija del famoso financiero D. Joaquín Angolotti y de su esposa D.^a María del Carmen Mesa, desde muy pequeña llamó la atención por su belleza. Hoy es una de las damas más elegantes de la sociedad española.

La Duquesa de la Victoria tiene una graciosa figura; las fotografías de las revistas la han popularizado recientemente. Ni alta ni baja, pero muy esbelta, su tipo, fino y aristocrático, es de una mujer todo fibra y actividad. Educada en el cultivo de los deportes físicos, su cuerpo es vigoroso, y su rostro, de facciones menudas y delicadas, y de ojos claros y escrutadores, está curtido por el sol de los montes y las brisas, impregnadas de yodo, del mar. Cuando acude por las noches al Teatro Real, escotada, se advierte desde lejos, sobre la piel blanca de su busto, la raya que limita la parte curtida de la respetada por los rayos solares y los aires marinos. Delgada, gentil, siempre infatigable y siempre sonriente, lo mismo que antes la veíamos jugar al *tennis*, patronear un balandro o montar a caballo, y luego la contemplamos tomando parte en la obra del Ropero de Caridad de Santa Victoria, repartiendo comidas a los pobres o presidiendo una mesa petitoria en la Fiesta de la Flor, a beneficio de los tuberculosos pobres, la admiramos ahora, desde el verano de 1921, siendo alma de toda la organización de la Cruz Roja en Marruecos, que tan incalculables bienes ha producido.

Pero esa obra merece, si no unas líneas de recuerdo, porque no hay español que la haya olvidado, sí unas palabras de comentario. Cuando se produjo en el mes de julio de 1921 el derrumbamiento de la comandancia general de Melilla, la Reina Doña Victoria pensó inmediatamente en la necesidad de llevar a aquella plaza, al mismo tiempo que los soldados precisos para su defensa, los auxilios de la Cruz Roja, que podían ser eficazísimo complemento de la acción del cuerpo de Sanidad militar. Ya el año anterior la Duquesa de la Victoria y el Marqués de la Ribera habían girado una visita a Melilla, Ceuta, Tetuán y Larache, dando los primeros pasos para la instalación de hospitales.

Los sucesos de julio requirieron urgentemente la improvisación de todos los servicios de Melilla. Hacía falta la persona con capacidad y empuje que pudiese organizar una obra tan rápida y tan compleja. Y la Reina no vaciló en designar a la Duquesa de la Victoria.

Como si se le hubiese ofrecido el más preciado de los regalos, aceptó la Duquesa la nobilísima misión. En solo veinticuatro horas dispuso su marcha, llevándose consigo, como enfermeras, a

dos aristocráticas señoritas: *Mimi Merry* del Val y María Benavente. Las tres llegaron a Melilla en aquellos angustiosos momentos en que la misma población corría peligro de ser atacada, y cuando el espíritu de los vecinos estaba visiblemente decaído. Allí tuvieron que tropezar, al principio, con dificultades, que, para mujeres menos animosas, hubiesen sido invencibles; pero los heridos llegaban del campo de batalla en número que no eran suficientes los hospitales abiertos; era preciso allanar todos los obstáculos... Y en poquísimos días, la obra se hizo, y el primer hospital de la Cruz Roja de Melilla comenzó a funcionar. Lo que desde aquel día la Duquesa de la Victoria ha hecho allí, no es para descrito en estas breves notas informativas; personalmente como enfermera—tomando parte en las curas, lavando a los heridos, aseándoles y sirviéndoles de escribiente para que se comunicaran con sus familias—, e indirectamente como organizadora de los servicios, ha arrancado tantas vidas a la muerte y ha aliviado tantos dolores, que ha sido, en aquel rincón de tierra africana, la verdadera encarnación del Ángel de la Caridad. La gratitud de los soldados es el mejor testimonio de su obra; los regalos del Tercio Extranjero, del regimiento del Rey, de los soldados baturros, de las tropas montañesas y de tantos combatientes más, no fueron sino muestras de que jamás el ejército español, y con él España, podía olvidarse de lo hecho por esta dama ilustre. El Rey, como premio, le otorgó la gran cruz de Beneficencia, que toda España pidió para ella. Y los homenajes en Melilla y en España se sucedieron como digno remate de aquella distinción. No fué de los menos efusivos, ciertamente, el que el público del Real, puesto de pie, le tributó la primera noche que la vió en un palco.

Dama de S. M. la Reina, forma parte la Duquesa de numerosas Asociaciones religiosas, benéficas y patrióticas.

Hermanos de ella son D. José María Angolotti, también muy estimado en Madrid, casado con doña María de Cárdenas, y doña Angeles, esposa de D. Camilo de Torres, hermano del Secretario particular de S. M. el Rey.

El Duque de la Victoria, D. Pablo Montesino y Espartero, Conde de Luchana, es, como queda dicho, un valiente y pundonoroso militar, que ha prestado a la patria numerosos y muy valiosos servicios.

Es el hijo mayor del ilustre ingeniero y político D. Cipriano Segundo Montesino, Duque de Estrada,

da, y de doña Eladia Fernández Espartero y Blanco, segunda Duquesa de la Victoria, sobrina carnal del famoso General Espartero, a quien, como es sabido, le fué concedido este título en 14 de diciembre de 1899, como justo premio a los inestimables méritos y servicios prestados a España. Muerto D. Baldomero Fernández Espartero—aqueel que con su nombre llenó una interesante página de nuestra historia contemporánea—, y no teniendo sucesión directa, pasó el título a la hija de su hermano en 1881.

Del matrimonio de la Duquesa de la Victoria con el Duque de Estrada nacieron, además del Duque actual: doña Teresa Montesino y Espartero; doña Virginia, casada con el súbdito portugués D. José Santos Silva; doña Amalia, esposa del Coronel de infantería D. Alvaro Manso de Zúñiga, de la familia de los Condes de Hervias, y D. Luis, Marqués de Morella, Ingeniero y Senador, que ha desempeñado muchos cargos públicos y está casado con doña Ana Averly.

El segundo Duque de la Victoria, D. Cipriano Segundo Montesino, tuvo en España una gran personalidad. Ingeniero industrial, Director de la Compañía de Ferrocarriles de Madrid-Zaragoza-Alicante, Director de las minas de hulla de Sabero, Maestro en Ciencias Físicas, Presidente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Director general más tarde de Obras Públicas, Vocal de la Comisión Permanente de pesas y medidas, Vicepresidente del Senado, Caballero Gran Cruz de Carlos III y del Mérito Militar, trabajador infatigable aun en su vejez, y considerado unánimemente como verdadero sabio. Hubiese sido Ministro si hubiera querido. Fué nombrado para una cartera, y horas antes de jurar el cargo renunció a él, por creer que carecía de condiciones para desempeñarlo. Y así como el primer Duque de la Victoria fué héroe de Luchana y de Bilbao al frente de sus ejércitos, el segundo Duque—hijo del ilustre liberal D. Pablo Montesino—fué héroe de la ciencia en el reposo de su gabinete de trabajo, escribiendo libros acerca de la construcción de máquinas, de las obras públicas en nuestro país y de varias Exposiciones científicas extranjeras que había visitado durante sus muchos viajes por Europa.

Su hijo, el actual Duque, es Teniente coronel de caballería, Grande de España y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad, con ejercicio y servidumbre. Durante muchos años—después de haber prestado servicio brillante en Marruecos—fué Ayudante del Infante Don Fernando, y luego pasó al escuadrón de la Escolta Real. Recientemente, al ascender de Comandante a su empleo actual, fué nombrado Ayudante del Infante Don Carlos, en la Capitanía general de Sevilla.

Es el Duque de la Victoria inteligente y simpático, la sencillez misma. Enamorado de su carrera, a ella y a las obras sociales y altruistas de su esposa ha dedicado su vida. Hombre de posición y de méritos, trata con la misma llaneza a los poderosos que a los humildes, y ello le ha granjeado siempre innumerables simpatías.

Hace cuatro años, regresando de San Sebastián, vió el que esto escribe penetrar en el departamento en que viajaba a una señora y un caballero, que pronto, familiarmente, tomaron parte en la conversación general, demostrando cultura y delicadeza de sentimientos. Al cabo de algún tiempo parecían amigos de toda la vida de todos los viajeros del departamento. Nadie podía imaginarse que se trataba de los Duques de la Victoria. Y, sin embargo, al despedirse, ya en Madrid, y ofrecerse, ellos mismos dijeron sus nombres.

Tales son las prendas de sencillez, de abnegación y de patriotismo, sucintamente expuestas, de esta dama ejemplar y de este militar ilustre, que se han hecho acreedores a la admiración y al cariño de España entera.

DIEGO DE MIRANDA.

En uno de sus admirables discursos dijo en cierta ocasión D. Antonio Cánovas del Castillo:

"...por la madre y por la Patria siempre, con razón o sin razón..."

Las palabras del gran estadista las recordaremos en todo instante.

CASA GONZALEZ
MADRID (GRAN VÍA 14)
SEVILLA, HUELVA
CORDOBA, MALAGA

DECORACION
CERAMICA
AZULEJOS
PAVIMENTOS
HIERROS
ARTISTICOS
SANEAMIENTO

NUESTROS COLABORADORES

HACE FALTA UN CHICO

I



ERA imposible atender a todos a la vez. Continuamente y casi a la par sonaban y repiqueteaban en seguida, con insistencia alarmante, los diversos timbres que le hacían titubear en conceder su pronto auxilio; el teléfono, la puerta, el Director, los escribientes, el Secretario... Imposible, imposible atender a todo.

—Pero Martínez! ¿En qué piensa? ¿No oye que le llamo?

—Señor Director, es que...

—Bien, bien. Diga a Fernández que venga.

—¡Martínez!... Ese teléfono nos tiene locos. ¿En dónde está usted metido?

—Me llamó el Director...

—¡Este ordenanza!—decía un contable—. ¡Hombre, muy bien! Ya podía estar llama que te llama...

—Es que... me dijo...

Imposible, de todo punto imposible él solo para todo. Llegaba a su casa muerto, disgustado.

—Decididamente hablaría al Director—monologaba nuestro hombre—. Con buenas maneras se puede hacer toda clase de objeciones...

Y pensando estos razonamientos, el bueno de Martínez suspiró fuerte, ladeó la cabeza y se durmió como un bendito.

Por fortuna el Director madrugó más de lo acostumbrado, y pudo Martínez, sin apremios y muy sosegadamente, expresarse con el respeto debido. No le salió el discurso tan redondo como pensara; pues sabido es que la mayor parte de los éxitos corresponde a la atención del auditorio, y en este caso, por desgracia, el auditorio maldito si hacía caso al orador, interrumpiéndole con frecuencia:

—Acérqueme esos pliegos.

Al poco rato:

—Que no dejen de facturar esos paquetes.

Así, el propio Demóstenes hubiera fracasado ante tan correcto oyente.

Pero, en fin; la cuestión es que al acabar, el Director le miró fijamente, siguió escribiendo y volvió a mirarle para decirle:

—Eche más carbón a la chimenea. Sí, ya está bien. Pues... en efecto; de eso que me ha dicho, sí, muy bien; ya resolveré.

Y Martínez, ya tranquilo, empezó su trabajo de idas y venidas; pero contento de haber cumplido

con su conciencia de decir las cosas con buenos modos.

Antes de las dos, apresuradamente, como siempre, el Director pasó por delante del ordenanza sin dignarse contestar al saludo ceremonioso que éste había tenido a bien prodigarle. Pero ya en la escalera, le gritó:

—¡Ah, Martínez! Ponga un anuncio de eso que me dijo.

Martínez balbuceó unas palabras y puso manos a la obra, mientras decía:

—Claro; si las cosas dichas con respeto... Muy bien. ¡Ajajá! Ya está.

Y en la cuarta plana de un periódico matutino apareció, en las demandas, el siguiente anuncio: «Se necesita un chico. Razón: Pardiñas, 3, oficinas.»

II

Y, en efecto, no un chico, sino veinte, treinta chicos, cien. Muchísimos, de todas clases y hechuras. Limpios, sucios; unos, respetuosos, otros, díscolos. Aquél, tímido; éste, valiente; ignorantes y sabihondos... Una nube de chiquillos para desesperación de la portera y regocijo del vecindario.

Y a más de semejante invasión, otra complementaria de madres, tutores y parientes que, en su afán egoísta, enumeraban con desprecio para los demás las excepcionales cualidades de su opositor.

El sencillo caletre de Martínez no había supuesto el éxito, y, para hacer las cosas con equidad, recurrió a un pequeño examen, con lo que después de mucho pensar y examinar concedió la plaza a Clodomiro Cantalapietra.

—Muy bien; ya está solventada la primera parte.

Y Martínez, hombre ecuánime y pulcro (moral y materialmente), quería hacer a su ayudante fiel reflejo de su proceder e inculcarle, desde el primer momento, la idea del deber y del respeto.

Clodomiro Cantalapietra era un chicuelo travieso y pelirrojo, con cuyas radicales de nombre y apellido bien pronto se hicieron las consabidas bromas ofensivas:

«Cuando miro a Clodo, la piedra canta», «y ya no hay modo de que cante Clodo, porque sin voz anda.»

Con estas canciones, y con su natural travieso, el botones fué la pesadilla de Martínez, con gran algazara de la oficina, que se sintió joven con la entrada del chiquillo.

Así pasó el tiempo. Martínez y Clodo repartíanse el trabajo, y aun les sobraba tiempo para echar

grandes parrafadas en el banco del recibimiento.

Pero... ¡Ya salió aquello! No hay paz duradera, y esta vez la avaricia arrolló toda una labor educativa y un desengaño más vino a turbar la vida del ordenanza.

Claro está que, por todos conceptos, los honorarios de Martínez habían de superar con mucho a los de su compañero inferior; pero éste no lo creyó así, y nació la discordia, y con ella todo el enjambre de malas y bajas pasiones.

Empezaron las insinuaciones malévolas; las suposiciones envueltas en el «se dice» hipócrita y rastrero. Hizo su labor los naturales defectos, agrandados por una mala voluntad, y Martínez se vió preterido y tratado con rudeza; bien pronto comprendió el «algo» que amarga el pan que se gana.

—Pa chasco. Mia éste. ¿No hago lo mismo qu'él? Pues entonces... ¿No prefieren toos que yo haga las cosas? Y eso, ¿no se paga? Claro que sí; pero al atontao de mi jefe... ¡Amos, mia tú, qu'ése mi jefe! ¡Le daba así!

III

Y Martínez, en una tarde serena y de mucho calor, hablaba con un amigo, rodeados de las acacias en flor.

—Ya lo ves. En la calle, sólo por una mala voluntad; sin haber faltado, y al abrigo de una nimia torpeza, me echaron de allí, donde, hasta la llegada de la polilla, todo había sido tranquilidad y trabajo.

—¿Estás seguro que fué obra de ese chico?

—¡Y tan seguro! Nunca se sabe nada de... nada. Somos muy poco. ¡Cómo podía figurarme que yo mismo me segaba la vida! Y es, querido amigo, que Clodo en persona, con ferocidad increíble, me confesó su victoria.

—Se acabó el jefe. No había razón, puesto que el trabajo iguala.

—¿Y la edad también iguala?—le contesté.

Titubeó breves momentos, engalló la cabeza, y su cuerpo erguido me abochornó con estas palabras:

—¡La edad! El anuncio pedía un chico; pero salió ganando la casa, porque bien he demostrado que soy un hombre.

—Y en efecto: la demostración ha sido tan perfecta, que ya me ves. Ya no hay chicos, querido amigo; porque desgraciada y fatalmente, a partir de este siglo, todos serán hombres.

FÉLIX PICHARD.

UN PINTOR DE CANTARES

ROMERO DE TORRES



ROMERO de Torres derrama por sus pinceles el alma de Andalucía. Sí, él encarna el alma triste de Andalucía, con todos sus tintes melancólicos y sus matices delicados. De la otra Andalucía. Porque hay dos Andalucías, o Andalucía tiene dos aspectos. Ya lo dijo Marquina. El uno, más conocido: sol, alegría, claveles, pasodoble; el otro, delicado, sentimental, ramos de violetas... Cristo de los Dolores. Esta última es la Andalucía de Romero de Torres y también la de Manuel Machado. Manuel escribe cantares; Julio los pinta. En el fondo son muy semejantes estos dos artistas, Manuel Machado ha escrito: «Quien dice cantares dice Andalucía; cantares... no tiene más notas la guitarra mía»; y también que «en ellos el alma del alma se vierte». Julio Romero de Torres ha pintado «La Carcelera» y «La Saeta», que estremecen de emoción.

Los ojos de las mujeres que pinta Romero—ojos tristes—no se pueden mirar fijamente: negros, negros turbadores; hondos, llenos de nostalgia y de espiritualidad, dejan asomar el alma... Esto es, el alma de Andalucía.

En los ojos de las morenas mujeres que crea

Romero de Torres hay una poesía infinita, un algo de feminidad delicada, bien apreciable hoy, época de mecanógrafas y empleadas.

La mujer, la adorable mujer, enamorada, sentimental, sufridora, triste, dulce. Esta es la mujer que interpreta Romero de Torres; la mujer andaluza atada al paisaje—que es su paisaje—, amante del crepúsculo y de las hogueras de San Juan; prendada del símbolo, de la copla que le cantan, y de la puñalada que se da por ella, enferma incurable del mal de amores—amores quiméricos, que nunca son completamente satisfechos—y nostalgia; mirando cómo el crepúsculo va robando al campo infinito su color de emparrado, y el sol poniente, vertiendo en el cielo raudales de manzanilla, que tal parecen los dorados rayos de luz.

La mujer mira al paisaje, y a medida que huye el día se va haciendo más negra la negra noche de sus ojos de misterio; de sus ojos que lo dicen todo, que todo lo expresan, que todo lo sienten.

En estas mujeres sensuales, morenas como el sol, calladas y soñadoras, ¿no adivináis a la heroína de la copla? No es la realidad de la copla misma? De la copla desnuda de galas; sencilla, sentida; a veces incorrecta de forma, pero siempre expresiva, apasionada, candente; todo símbolo, todo alma. Porque las mujeres que pinta Romero de Torres son todo alma: alma en los ojos y en los labios...

Para que sea más completa la expresión de recogimiento, sus trajes, admirablemente plegados, son de una sencillez suprema y majestuosa, sin estridencias de color ni de forma, estridencia que tampoco tiene el campo dilatado, de un color alguna vez irreal, pero bello, como cosa soñada que es, o vista en instantes de revelación. Y es que todo está hecho para que hablen los ojos... Y los ojos hablan...

Romero de Torres prefiere que las escenas de sus cuadros sean al aire libre, y, aun mejor, en pleno campo, en el maravilloso campo dorado que se pierde en la lejanía: campo en crepúsculo, propio para ser mirado en las tardes apacibles por las mujeres morenas y soñadoras.

Romero de Torres prefiere que las escenas de sus cuadros sean al aire libre, porque son coplas que necesitan volar, y que nunca podrán encerrarse, porque representan el alma andaluza, ansiosa de libertad y de aire, y Romero de Torres encarna y glorifica el alma andaluza.

Este Romero de Torres, que vuelve triunfante de América, es un artista grandioso. Tiene, ante todo, el mérito, que sólo el genio alcanza, de ser original, de crear un estilo, que tal vez muera con el fundador, y esto sólo lo puede conseguir un Greco, un Rubens, un Goya o un Romero de Torres.

FRANCISCO AYALA.